Erri De Luca

NAPÁTRIDA

Volver a Nápoles

PERIFÉRICA



NAPÁTRIDA

VOLVER A NÁPOLES

ERRI DE LUCA

TRADUCCIÓN CARLOS GUMPERT MELGOSA

EDITORIAL PERIFÉRICA

SERIE MENOR, 14

PRIMERA EDICIÓN: agosto de 2023
TÍTULO ORIGINAL: *Napòlide*

Primera edición en Edizioni Dante y Descartes
Publicado gracias a un acuerdo con Susanna Zevi
Agenzia Letteraria, Milan

info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-18838-80-4

Gracias a Silvia Acocella, espigadora de estas páginas

NAPÁTRIDA

Se desprenden así las hojas, el pelo, las gotas, las páginas.

Me fui de casa en 1968, a mis dieciocho años, tras una infancia soportada como una cuarentena.

Escogí un tren y un horario para no entregarme al azar de un viaje en coche: quería ser el dueño de mi partida. Tomé asiento junto a la ventanilla y me quedé mirando fijamente la procesión de mi adiós. Mientras me alejaba, la ciudad se me iba metiendo bajo la piel como esos anzuelos de pesca que, una vez que entran por las heridas, viajan por el cuerpo, inextirpables.

En medio del estruendo de un sinfín de portazos, cerré la puerta despacio. Mi padre lloraba con sollozos acompasados cuyo ritmo, clavado en mis oídos, imitaba cuando trabajaba en la obra mientras, al golpear el cincel con el martillo, éste me repicaba entre las manos. Me dejó marchar sin una sola blasfemia.

Sus restos están en una colina junto a una línea férrea de cercanías, con vistas a un lago.

Si el verbo *volver* tiene para mí algún sentido y alguna dirección, si hasta yo tengo un sitio al que volver, es esa colina. *Volver* es para mí un verbo de susurros, no de geografía.

En Nápoles, cuando bajo por las escalerillas del tren, no tengo la sensación de estar de vuelta. Por el contrario, me siento solo más merecidamente que en cualquier otro lugar. Una ciudad no perdona la separación, que es siempre una deserción. Estoy de acuerdo con ella, con la ciudad: quien no estuvo o se ausentó ahora no está; su derecho de ciudadanía ha prescrito. Ahora es uno de los muchos transeúntes a los que ella acoge, sin oponer resistencia, un extranjero embobado al que nadie ahuyenta, al que se observa de reojo como si fuera una mercancía maleable. Respeto el derecho de regurgitación que la ciudad ejerce sobre quien se aleja de ella. Si respondo de mí ante ella lo hago poniéndome en el pellejo del huésped, no del ciudadano. Y, si bien no tengo derecho a definirme como apátrida, puedo decirme *napátrida*: alguien que se ha raspado del cuerpo sus orígenes para entregarse al mundo.

Nunca he vuelto a echar raíces en ninguna otra parte.

Quien se despega de Nápoles se despega en el fondo de todo: ni siquiera le queda saliva para pegarse a nada ni a nadie.

Nunca he vuelto a escupir: me he limitado a tragar y tragar.

Cuando me picaron el billete de tren, sonó con la furia de un portazo a mis espaldas. Era a mí a quien se cancelaba, no el billete.

Hay una cepa de Isquia, *pér ‘e palummo*, «pie de palomo», que da un tinto oscuro y más bien parece extraído de un alquitrán de vino que del prensado de las uvas. Lejos de soltar la lengua, hace que ésta se cierre en la boca como un puño. Es un vino que amortigua las voces y confiere profundidad a los ojos. En la ventanilla del tren, mi embriaguez era de ésas.

Roma es una buena base de operaciones. Subí hasta el final de una larga escalera y en la cuarta planta llamé a una puerta: habitaciones amuebladas. Un viejo que exhalaba tabaco y vino me asignó uno de los tres catres de la habitación. Un armario compartido completaba el mobiliario. Aquel cuarto estaba cerca de la universidad en la que pronto aprendería a correr, a respirar gases lacrimógenos, a desempedrar el adoquinado, a conservar la calma en medio del tumulto.

En los parques, el otoño del sesenta y ocho era pródigo en paz, en tibiezas, en muchachas de paseo.

En las plazas, el otoño estaba teñido del gris de las unidades antidisturbios. Yo venía de una ciudad que me había enseñado la densidad de las multitudes, la destreza para deslizarme en medio de ellas a fuerza de regateos y de saltos. Me adaptaba fácilmente a otra que incitaba a correr, a cargar, a huir hacia un espacio vacío. Se abría de par en par la nada, el abismo entre las tropas irregulares y las oficiales.

Aquel otoño tuvimos suerte: el viento soplaba a nuestras espaldas y devolvía el humo a los ojos de las tropas.

Nápoles se desvaneció detrás de aquella cortina de lágrimas químicas. Ya no era de allí, ni de ningún lugar, ni de ningún antes. Pertenecía a una revuelta que raspaba el pasado de cada uno de nosotros y fundaba el día uno de una ciudad nueva.

Estoy pensando en el gas, en las humaredas tras las que vi desvanecerse la ciudad. Cada generación del siglo pasado tuvo su propio gas. Nuestros abuelos de Europa se ahogaron con iperita, gas mostaza para quien lo probó, un sulfuro que mataba dejando vejigas en el cuerpo. Nuestros padres asistieron al empleo del Zyklon B en los

campos de exterminio, pero nadie volvió para hablarnos de su olor. Nuestros emigrantes aprendieron en las minas de carbón lo que era el grisú, un gas metano capaz de explotar.

A nosotros nos fue mejor. Probamos los lacrimógenos; salimos del paso con meras alteraciones químicas en las glándulas que atenuábamos con el antídoto de los limones. Tal vez a la próxima generación la dispersen con gas hilarante. Por ahora, se la aplaca con la música, que, en fuertes dosis, es un gas nervioso.

Mi gas: cuando en mitad de mi turno de trabajo se elevaban en la fábrica el grito mecánico del cambio de fresas y la nube de polvillo del aceite lubrificante, cuando el torno humeaba a causa de su líquido de refrigeración, blanco como la leche, el balcón de mi casa en Nápoles aparecía a mis pies. La plataforma de la maquinaria de utillaje que se me había asignado era estrecha y larga como aquel balcón. De niño solía recorrerlo, absorto, con un mohín hosco contra la malla de horizonte que me retenía dentro. La plataforma de la fábrica era mi paseo de ocho horas, arriba y abajo con el polispasto, que sostenía un cigüeñal de ciento ochenta kilos. ¿En qué gases se hallaba la libertad?, ¿en los de la fábrica o en los que se saboreaban al alba en el balcón con vistas al mar, donde oía el fragor amortiguado de los motores diésel de las barcas de pesca de Mergellina antes incluso que el de los ciudadanos motorizados?

El gesto con el que descargaba la pieza del polispasto para encajarla en las fresas intentaba hacerlo imitando, con esfuerzo, el del camarero que soltaba la palanca del café y tenía de cara el ventanal y el mar. Cuando colocaba la pieza debajo de la vieja prensa americana para enderezarla, el golpe de los miles de kilos que dejaba caer en el centro producía en el banco de acero el estrépito del puente levadizo del transbordador que lleva a las islas cada vez que éste atracaba. Y, cuando la primera pieza estrenaba las fresas que había montado y en todo el taller se oía el sordo silbido de las garras de acero al primer corte, en mis oídos resonaba la sirena del *Andrea Doria* adentrándose en el golfo. El cuerpo produce rimas físicas.

Tenía las manos llenas de aceite y de esquirlas de hierro: no me ponía guantes porque no había visto que los llevaran los pescadores ni los albañiles, que eran los obreros con los que solía cruzarme en mi infancia. No quería protegerme las manos. Mis compañeros se reían diciéndome que, si pasaba al lado de un imán, se me quedarían los dedos pegados en él.

Otros gases se superpusieron: ya no reconozco los de mi ciudad de origen, que traficaba con material de desecho y estaba embadurnada

de grasa y de cenizas desde el adoquinado hasta los tejados. Lo único que podía domeñarlos era el lebeche otoñal, que representaba su escena principal en el paseo marítimo saltando por encima de la escollera y revolcándose en el mar deteriorado a lo largo de via Caracciolo y el parque de Villa Comunale.

Jamás se contentó Nápoles con respirar solamente oxígeno y ázoe. Integraba la mezcla con fermentaciones de tabaco, café, manteca, cocciones interminables a fuego susurrante.

El *ragù*, más que la salsa de los domingos, era una necesidad de producir olor, humo suave, incienso de cocina en funcionamiento. Más que mordisquear apresuradamente un macarrón empapado en ella, lo principal era, desde la víspera, difundir la noticia de la salsa en el edificio y por la calle. Había que vestir el aire, aunque fuera de harapos, antes que dejarlo desnudo. En los inviernos secos, con las ventanas siempre cerradas, la ventilación se confiaba a las corrientes que se colaban por los marcos desencajados, y en cada habitación se hacinaba el olor de una asfixia doméstica, cada una distinta de las demás.

Ahora respiro el aire de Nápoles depurado de chimeneas, de estufas de carbón, de cazuelas con restos de tomate ennegrecido y de ropa lavada en la calle. Sólo percibo ese insípido hidrocarburo de los tubos de escape que hace que el aire de todas las ciudades sea idéntico. Las nuevas narices que se llenan de él, los nuevos pulmoncitos que pasean bajo esos escasos árboles, se entrenan para una asfixia homogeneizada.

Ya no quedan olores y mis sentidos se han ido embotando en otra parte, en aventuras vividas lejos de la ciudad. No siento la espuma de azufre que se levantaba en Pozzuoli con el maestral y se mezclaba con los respiraderos de los altos hornos. Y con las chimeneas de los buques que descargaban hierro de desguace, un mineral que no era nuestro, que no era veta de nuestras excavaciones. Venía de lejos y lejos se iba tras haber sido expurgado en la ribera de Bagnoli, costa de lavanderos del sur que arrojaban sobre la arena las escorias del mundo.

En la brisa marina sigo notando el gusto a alquitrán calcinado suavizado por la sal. Y el oxígeno salado del puerto, la amarra empapada en el arco iris del gasóleo antes de engancharse en el noray. Y el sulfato de calcio del yeso con el que se moldea la muchedumbre de figurantes del belén, esparcidos por los caminos de los pastores: el yeso, que es el único polvo de trabajo que no roe la piel y que no hay que limpiarse de las arrugas.

Aunque Nápoles es barroca, mi vida y mi cuerpo no lo son: se han amueblado con un estilo distinto. Pero el olfato del regreso, que olisquea materiales inertes de talleres extintos, ese olfato que preside los recuerdos sí es barroco. Busca el desperdicio, el hedor, la pátina del desgaste, la barca metida en el agua cada primavera para empapar bien la madera antes de volver a utilizarla.

La nariz conoce un solo amor y domina sobre los ojos. No se lagrimea con las cebollas porque se irriten los ojos, sino porque agreden la nariz: si no se respira, no se llora.

Por más que la mía, rota en una caída en la montaña, aprecie poco, es una mucosa barroca y me hace llorar cuando respiro al cortarlas.

Me detengo aquí, no voy ni veo más allá de la superficie, del tacto, *tactus* en latín: lo que nos ha tocado el alma, que en el fondo es mucho de lo que nos ha tocado vivir.

La piel de gallina es una reacción de superficie. Nápoles es una ciudad de contrapelo, de esas que arañan la pizarra con las uñas, y el mármol, con la hoja de un cuchillo. A sus inquilinos les provoca erupciones cutáneas.

Quien se apea en Nápoles lo sabe de antemano: habrá muchas cosas que le tocarán. Las ciudades que acaban en el mar se deslizan de buena gana hacia las olas a través de pasajes angostos. Acaso por defensa, para que el enemigo se adentre incómodamente en ella por embudos, estrechamientos, gargantas.

La facilidad para moverse se ha desterrado de Nápoles. El transeúnte se adentra en el laberinto ciego del toque y el retoque, de la invasión de su persona a manos de sus prójimos. El restregamiento, el apartamiento, el retroceso y la percusión son técnicas primordiales para avanzar. Es vana, en cambio, la simulación de la prisa, pantomima eficaz en otros lugares para abrirse paso. Aquí la prisa está considerada la manifestación de una afección nerviosa. Uno forma parte de una viscosidad general que no puede sortearse, en la que se desenvuelve mejor quien sabe escabullirse aprovechando el empuje de los cuerpos ajenos, en vez de recurrir al propio. En la calle uno está inmerso en una dinámica de fluidos. Las calles de Nápoles son flujos regulados por una crisis, pero no se ha establecido fórmula alguna que ilustre este fenómeno. En el punto de máxima obstrucción se crea una fluidez que, suspendiendo en parte la gravedad de los cuerpos, los dota de levedad y de oleodinamismo. Es el efecto que se manifiesta en un acuario de anguilas.

Sólo en la segunda mitad del siglo XX, por primera vez en su historia, la gente acomodada de la ciudad empezó a alejarse de la

densidad habitacional del centro. Los habitantes de áreas relativamente más espaciosas consiguen parecerse a la gente acomodada de otras ciudades, y sus hijos comparten el dudoso honor de que los confundan con la juventud bien criada de Roma o de Milán.

En otros tiempos, la población era densa. La profusión de muecas que acompañaba las palabras servía para empujar la voz en medio de los demás, para proporcionarle espacio y auditorio. Los gestos subían del termitero; debían dar fuerza al dialecto, a la estenografía de los insultos, los trapicheos, las advertencias, las exclamaciones, los líos.

Pero, allí donde Nápoles aún conserva su densidad, la preciosa mezcla de la promiscuidad la salva de parecerse a nada que no sea ella misma. Tocar, hablar, jamás dejar inerte el cuerpo: ésa es la terapia para los casos de coma. Ésa es la premura que en Nápoles los ciudadanos se dispensan gratuitamente los unos a los otros.

Pasar mi infancia en una ciudad de cuidados intensivos me sentó muy bien no en un sentido moral, sino médico. Había tanto de esa vida apestada e invencible en la ciudad de mi niñez que un muchacho criado en un tonel de libros acababa ingeniándoselas en toda clase de oficios.

Nápoles me adiestró los sentidos, de modo que pude conservar mi puesto en la maraña acústica de un taller, en el polvo perpetuo de las obras. El estrangulamiento de los poros, aprendido a una tierna edad, me infundió indiferencia ante las ratas que me bailaban entre los pies cuando trabajaba en sótanos y en desvanes, resistencia al vómito mientras desatascaba una alcantarilla y a los murciélagos de las noches de África, más abundantes que los mosquitos.

La ciudad rozaba, embestía, arrastraba y no dejaba de llamar al oído. La época en la que fui su materia prima, tatuaba en mí terrores, enfermedades, felicidad. Los trazaba en la alfombra de mi piel de gallina, desahogo de remilgos exagerados, repugnancias.

De pequeño conocí la repulsión. Cuando un adulto me llamaba la atención, me entraban náuseas; si me pegaba, el contragolpe iba a parar a mi estómago. Las arcadas eran tales que podía vomitar por la boca las palabras que me habían entrado por los oídos. Los adultos no eran ningún ejemplo para mí. Los reproches no eran sino un intento de ofuscarme. Por fuera no reaccionaba, aceptaba en silencio, pero nunca fui tan rebelde por dentro como lo fui de niño, respondiendo con insurrección física, vómitos y fiebre contra el bando de los adultos. A algunos los admiraba, pero todos los adultos a los que conocí me parecían una subespecie repulsiva. Hacía añicos sus reproches repitiéndolos mentalmente y refutándolos palabra por palabra. Cuanto mejor conocía el italiano, con más frecuencia y

frialdad desarticulaba sus frases, pronunciadas al vuelo cuando me reprendían. Los libros mejoraban mis argumentos de acusación. Tenía un aspecto dócil y un tribunal en el cuerpo.

Con el tiempo he acortado la distancia entre el interior y el exterior: ahora creo tener una cara que trasluce mi clausura.

Mi consuelo era una fantasía que, por lo general, para un chiquillo resulta una pesadilla: no ser hijo de mis padres, ser un niño adoptado y que dentro de mí reaccionaran antepasados desconocidos para ellos. No buscaba una pertenencia distinta, no fantaseaba con una familia distinta: me bastaba con pensarme ajeno a la mía. Me atrincheraba como un extraño y me volvía inexpugnable. Callar ante los reproches era para mí la consumación de la ajenidad. Yo era otro, confundido desde siempre con otro niño. Pobres de mis padres: qué especie de hongo les había nacido bajo el árbol. Hoy mi madre dice: «Ya no te recuerdo de crío». Ésa es su sosegada e involuntaria maldición: haber parido a un extraño.

Hay aversiones constitutivas del carácter que lo forman y lo deforman más que los gustos, más que los deseos. Por eso he aprendido poco de la experiencia acumulada y más de la parte opuesta, la imaginación. Reordenaba los innumerables tipos de dificultades y de peligros, y me proveía de una reacción. Me obligaba así a integrarla en mi repertorio a modo de vivencia rompedora. Después me conducía según tal programa. Los casos eran muchos, pero el tiempo para afrontarlos en la mente era más amplio. «¿En qué piensas?» «En nada.» Y lo decía de verdad: era la nada de los gestos futuros lo que se iba depositando en mi archivo. Sustituía la experiencia por la variedad de reacciones. Era una vida simulada, prefigurada en seco, más vasta y arriesgada que la vida real. De ahí, y de la ciudad que me rodeaba, me vino el impulso de escribir historias.

Cuando todavía era de los suyos, los de la ciudad habían cerrado el mercado de las experiencias: ya las dominaban. Poseían todos los comportamientos, un repertorio de reflejos automáticos cuya perfección sólo he visto en algunos animales. En la calle los niños sabían lo que tenían que hacer: apañárselas, jugar, esquivar, recibir bofetones, golpes al vuelo. Eran grandes encajadores, como se dice de algunos púgiles. Todos eran expertos, nada podía sorprenderlos, *nisciuno*, nadie era bobo ni por ingenuidad ni por defecto. Los bobos morían de pequeños.

En la ciudad había un árbol de la ciencia del bien y del mal, con las hojas del mal más tupidas, orientado al sur. Era un árbol autóctono y sobre el que no pesaba prohibición alguna, por lo que todos habían comido de él. Todos sabían qué hacer y cómo.

La ciudad era una especie en sí misma y no acogía nada que no fuera ya suyo. De ese modo, un niño que se rebelaba contra el mundo de los adultos se encontraba en una ciudad experta, densa en pruebas físicas de pertenencia en las que demostrar su desenvoltura para el aprendizaje, su destreza para reaccionar con gestos y con tonos de voz, con fugas y con chulerías.

Cuanto más aprendía, más me alejaba de su pertenencia. La ciudad me grababa su lema en la piel: «*T'aggia 'mparà e t'aggia perdere*», he de enseñarte y he de perderte después.

Nunca maternal ni indulgente: no guardo recuerdo de que perdonara a los suyos ni que los suyos se perdonaran entre sí.

En casa no se perdonaba a los niños sin que antes expiaran sus faltas con disculpas públicas, con promesas de no volver a hacerlo. A través de todo un alfabeto de correcciones, aprendíamos a conducirnos, a no chocar con las aristas de la casa o de la ciudad, a recorrer trayectorias netas sin derribar obstáculos.

Nápoles me adiestró para los demás. Pude vivir durante más de un año compartiendo un piso de un dormitorio en Catania con otros cinco obreros; seis catres y tres turnos de trabajo en los que nos alternábamos de día y de noche. Cada uno de nosotros dormía, cocinaba, se lavaba la ropa o escribía a los suyos en horarios distintos. Si conservo un ejemplo de la palabra *urbanidad* son nuestros pasos de puntillas al volver al alba del turno de noche, mientras fuera ya había bullicio, y el desnudarnos en el vestíbulo para no despertar a quienes estaban en el cuarto de al lado.

Más adelante, escribí en lugares estrechos e incómodos, condición idónea para los relatos. Quien escribe no debe ocupar demasiado espacio ni tampoco demasiado silencio a su alrededor. He escrito en lugares estrechos e incómodos porque provengo de la tupida humanidad de una ciudad abarrotada: ni puertas ni ventanas atrancadas salvaban del potaje sonoro de peleas, discusiones, comidas, cisternas, fiestas, lutos e insomnios ajenos. No podía uno oponerse, taparse los órganos: la densidad desbordaba, consumía el aire. El dialecto era una lengua de asfixiados: conciso, para emplear menos aire.

De ahí me vino mi amor por el viento, incluso por el que en la montaña sacude las cordadas y se afana por arrancarlas de las paredes.

El viento, el *ruah* que sofoca y desespera a Qohélet, a mí me sirve de canción, me llena las fosas nasales, los pulmones, las cuerdas vocales, las orejas y todo lo que hace del cuerpo una vela. Limpia el aire, aunque sea siroco, y desata una tormenta de arena del desierto sobre los geranios. En las obras, cuando, al levantarse con más fuerza,

formaba corrientes en los vacíos de las habitaciones y todos apretaban los ojos y los labios, a mí se me abría la garganta en un canto a contraviento: tragaba polvo hasta que se acababan el trabajo o el viento. Y, aunque alzara los puños maldiciendo aquella tramontana que me rompía los capilares de la cabeza, aquel viento que, con su cantinela de corrientes, despellejaba el cielo y mataba a los viejos de noche era normal.

En nuestra tierra, en otros tiempos, los ancianos morían en casa aspirando por la nariz, con el último ázoe, el aliento adormecido de sus nietos.

Mi padre volvió a hablar en napolitano mientras agonizaba. Su tono tenía una gravedad que sólo el dialecto podía soportar. «*Manco so' mmuorto*», «Ni morirme puedo», me dijo una mañana al salir de una noche que se pasó frisando el final sin conseguir embocarlo. «*Manco so' mmuorto*», se sentía tan cansado por verse clavado a otro día, tan exhausto por seguir vivo aún. Yo callaba, si es que hay silencios en napolitano, dejando caer los párpados y haciendo con la cabeza un mínimo gesto hacia atrás. Subtítulos para quienes desconocen el napolitano mudo: *Manco sì mmuorto*, «ni morirte puedes».

El dialecto es como el deporte: hay que aprenderlo a una edad temprana. Requiere destrezas musculares, habilidades, pases y atajos inadmisibles fuera del campo. Lo uso por costumbre con mi madre, una usanza arraigada en muchas comunidades. Los judíos de Europa oriental llaman al yidis *mameloshn*, literalmente «lengua de mamá». Lo utilizo por agresividad con los desconocidos, por concisión en el trabajo, por alegría en alguna reunión de amigos, por necesidad de exactitud cuando manejo la baraja de cartas napolitanas, por identidad cuando oigo a extraños hablar del sur.

Quien deja de emplear el dialecto renuncia a cierto grado de intimidad con su propio mundo y guarda las distancias. Yo también las he guardado, pero conservo para mi salvación un resto de esas estocadas bruscas de sentido y de contacto que sólo son posibles en la lengua materna, que para mí es el napolitano.

Nápoles en los libros impares, y el Antiguo Testamento, en los pares: ése es el péndulo de escritura que me oscila en el cuerpo. Me aparto de ambos, escribo desde otros lugares, no desde mi ciudad de nacimiento, no desde la fe.

En la relación de pequeños descubrimientos en cuanto lector de la Sagrada Escritura, colocaba Nápoles como contrapeso frente a los

lugares de las historias sacras: el napolitano de nacimiento se encontraba con el hebreo inapelable de la divinidad. Puesto que no era creyente, me dejaba deslumbrar. Si hubiera tenido fe, habría considerado el hebreo un maravilloso medio; pero, al no tenerla, lo he amado por su finitud, no por su eternidad. No he buscado asilo en esa lengua ni pertenencia.

«Quien se ha entregado no puede entregarse más», escribe en un verso de amor Jacopone da Todi. Yo estoy entregado, asignado. Sigo siendo napátrida, alguien que ha consumado su cuota de pertenencia, poca, naciendo en un lugar y luego distanciándose de él a la fuerza: ninguna nueva alianza podía sustituir el destino del nacimiento. Llegué al hebreo de las Escrituras por necesidad de alejarme.

Nápoles viene de oriente; el Tirreno estuvo surcado por velas procedentes del Egeo. Los marineros que llegaron con el gregal fundaron una *polis* toda *nea* y le dieron nombre de muchacha. Desde entonces, para quien ha nacido allí, Nápoles es una costilla. Quien pierde este lugar necesariamente queda desorientado. He tenido ocasión de ver Nápoles a la luz de otras ciudades. A la de Jerusalén, no la geográfica, sino la escrita en los relatos sagrados, la ciudad en lo alto de las cuestas: la lengua hebrea, cuando no la maldice, la nombra con un afecto paralelo, si bien superior, al de las canciones que los napolitanos dedican a su tierra.

Hay en esa lengua sagrada una partícula de acicate que se añade por lo general a un verbo y que hay que entender como un «venga», «por favor», al objeto de amortiguar un imperativo. Esa partícula es *na*. La más terrible petición de Iod | Dios, la que le hizo a Abraham para que sacrificara a su hijo, va acompañada de un *na* que transforma una orden en un ruego, en una plegaria de lo alto hacia lo bajo, en dirección contraria al sentido único de las súplicas. Me gusta que haya un *na*: también en nuestra tierra los mandatos se diluyen en peticiones. La auténtica diferencia entre los alemanes y los napolitanos estriba precisamente en el manejo de los mandatos. Los alemanes están acostumbrados a poner mucha inventiva y celo en llevar a la práctica órdenes a veces genéricas. Los napolitanos aplican inteligencia en atascarlas, en esquivar órdenes meticulosas y trámites. En Nápoles un mandato ha de suministrarse acompañado del aparato de la discreción y de la invitación; sólo así suscita un sentimiento de colaboración y obtiene una respuesta. Si hasta la divinidad añade un *na* de exhortación al pedir, nos sentimos autorizados a considerar las órdenes como invitaciones.

He aplicado a Nápoles una frase del profeta Ezequiel sobre la Jerusalén asediada: «Ella [la ciudad] es la olla y nosotros somos la

carne». Fui niño en una ciudad olla, pero tuve que leer el Antiguo Testamento para saberlo.

A través de la lectura, Nápoles se ha convertido, pues, en una contrafigura de Jerusalén. A veces se forma un segundo arco iris, más desvaído, junto al primero: eso es para mí Nápoles a la luz de los versos escritos para Jerusalén. Detrás de la ciudad santa, se yergue en segundo plano la de mis orígenes y la de oriente, mi *tabbur haaretz*, ombligo de la tierra. El ombligo no es un centro: es sólo un nudo y un punto de separación. De allí me separé con un mordisco; el cordón se lo echaron a los gatos, pero el nudo, asido a mí, es mío. De allí me extraje como se extrae un diente de la mandíbula.

Y, si bien ya no sé ver la ciudad como es, puedo sentirla en otros lugares y nombres. De tarde en tarde veo el rostro de mi padre en las facciones de algún anciano, y una vez, en las de un joven preso de la cárcel de Regina Coeli. Cuando me percato, no lo delato, para así conservar su presencia un rato más, pues en ese momento estoy convencido de que es realmente él, que ha regresado para rozarme con su saludo, por nostalgia.

He leído Nápoles a la luz de Jerusalén y la he visto en Mostar entre las casas acribilladas, en las magníficas y miserables caras de los musulmanes eslavos de la orilla este, señores de otra época en medio de irreparables escombros y de muertos enterrados en los jardines. En los enjambres de chiquillos he vuelto a ver a los de mi infancia. Durante la incierta tregua de mayo de 1994, los niños napolitanos de Mostar oriental salían a las calles a buscar nuestras furgonetas. Correteaban al sol de una guerra que, a lo largo de tantos meses, los había obligado a estar a oscuras en gélidos sótanos.

Los más extranjeros en aquella tierra eran los viejos. Cargaban con la culpa de sobrevivir a sus hijos enterrados, a nietos hechos pedazos por una explosión o exhaustos a causa del hambre. Caminaban pegados a los muros, mirando al suelo con la excusa de no tropezar. Vivir era para ellos una vergüenza, y cada comida, un robo que enflaquecía a un hijo o a un nieto. En Mostar oriental los abuelos musulmanes salían de los sótanos en busca de las cruces rojas de nuestras furgonetas, las primeras cruces del oeste que no traían matanzas. Vi en ellos las caras de mi gente saliendo al encuentro de los estadounidenses a finales del verano de 1943, al encuentro de quienes los habían bombardeado cien veces.

He visto Nápoles en otras carnes y alfabetos. Creo que solamente cuando se disfraza soy capaz de reconocerla.

Se considera que la ciudad pertenece al sur, por más que se halle en el centro del Mediterráneo, que es el continente y el contenedor de la península. Somos europeos sólo por la cresta de gallo de los Alpes; en cuanto al resto del cuerpo, somos de mar. Para quien ha nacido aquí, en este exacto centro, decirse del sur es un error geográfico reciente debido a la unidad de Italia.

Si trazamos una línea desde Marsella hasta Beirut, desde Trieste hasta Trípoli, desde el delta del Nilo hasta el del Ródano, desde el río Viosa hasta el Ebro, encontraremos la ciudad, bisectriz del mar que hace de África y de Oriente, de eslavos, de árabes y de latinos pueblos de una única ribera, todos ellos gente de costa. Ese mar es la habitación a la que se abren nuestras puertas, incluidas las aguas del mar Negro y la ciudad de Odesa, cargada de viñas y de higueras, de páginas meridionales escritas por su Isaak Bábel.

A Nápoles vino Norteamérica, que decidió implantar aquí el centro de la guerra del Mediterráneo. En la posguerra, la ciudad se convirtió en el burdel de paso de los marines. En otras partes de Italia las fuerzas aliadas eran, en ciudades aún ocupadas, liberadores estacionados con sus barrios, sus bases, sus mercancías, sus coches, sus fiestas y sus tribunales. Cualquier delito cometido por los marines lo juzgaba una corte propia. La ley italiana quedó suspendida en Nápoles, que dejó de ser la capital de la cuestión meridional para serlo de una cuestión militar entre potencias lejanas. Se había convertido, como Saigón o Manila, en una escala estratégica, en retaguardia de una marina de guerra.

Recuerdo una mezcla de dos olores: el betún de los zapatos y los orines torrenciales que un ejército de permiso volcaba de cara a la pared. El negro reluciente de los pies y el blanco de los uniformes; una cerveza drenada por los riñones y ordeñada en los callejones por gigantes que, tambaleándose, se apoyaban con una mano en el muro y con la otra se sujetaban el aparato.

Era Norteamérica en casa, no la de los dólares que enviaban los emigrantes que se habían marchado en la bodega de un barco como si fueran un cargamento, no la de los dólares de los dolores. Era el dinero fácil de los puertos militares del mundo.

Una patrulla de Shore Patrol me vio en la cara el cuarto de sangre norteamericana que mi abuela, Ruby De Luca, de soltera Hammond, me transmitió en depósito. No puedo decir *en herencia* porque nunca llegué a tocarla: dejé que se marchitara, negué esa parte de sangre en los años de las revueltas contra los muchos tiranos del mundo gritando nuestro «*go home*» a los soldados estadounidenses, quienes,

expatriados en todas partes, no soñaban con otra cosa. Y, mientras me desgañitaba, una cuarta parte de ese grito iba dirigida contra mí, contra mi cuota de origen, que con todo debía servirme de explicación: si no me sentía de Nápoles en sentido genitivo, se lo debía a la semilla de esos desplazados, fundadores de ciudades de cartón piedra, clientes de *saloons* capaces de convertir a una prostituta de allende los mares en el ingreso básico de una familia, listos para vomitar por las calles las cervezas de su mareo terrestre y dejar que los niños les aligeraran los bolsillos.

En cambio, nada: aquella sangre norteamericana se había perdido. Pero no para los de la Shore Patrol que se cruzaron conmigo en un callejón durante una redada. Tenía dieciséis años y cuerpo de nadador. Me estamparon contra una tapia junto a una desordenada fila de chicos estadounidenses esposados. No dije nada. Admito haber deseado que me llevaran lejos; adónde daba igual: si no eres capaz de hacerlo por ti mismo, es preciso que alguien te agarre y te arroje lejos de casa. En otros tiempos lo hacían las guerras. Sólo cuando me vaciaron los bolsillos y apareció mi carné de identidad, uno de ellos, un negro imponente como un rey de piazza Plebiscito, me dijo «*Sorry, mister De Luca*», y me apartó la porra de la nuca.

Ya había aprendido a ser norteamericano en Nápoles: cuántas veces por la calle me habían pedido y ofrecido de todo con ese acento de choteo, porque, cuando querían, los napolitanos hablaban un excelente inglés. Se equivocaban conmigo por necesidad, por costumbre de abordar al extranjero. No creía que también los estadounidenses pudieran confundirme. Me tomé aquello como un homenaje a mi abuela.

Mientras viví en Nápoles tuve cuerpo de muchacho. Lejos de allí, trabajando de obrero en la edad adulta, mi silueta se fue simplificando. Toda precisión comporta una pérdida. Con aquel robustecimiento sentía una falta de soltura, se me tensaban los músculos del cuello, me costaba extender las manos; incluso vacías se me quedaban medio cerradas, como si tuvieran que seguir sosteniendo una piedra. No quería entumecerme como los obreros. Después de las ocho horas del turno, volvía a la habitación y añadía una más de gimnasia. Disolvía la dureza con otro cansancio. Hacía falta una dosis de violencia para hacerme algo así.

Bajo la carga de la jornada laboral, el cuerpo se construía, resistía, cambiaba de usanzas. Lo hacía sudar, lo hería y lo agotaba, pero jamás me abandonó ni enfermó. Tenía veintiséis años, demasiados, cuando empecé a hacer de mi cuerpo un obrero. Y los años siguientes se convirtieron en anillos que ensanchaban un poco los hombros, el aliento, las manos: anillos que, como los de los árboles, podemos

contar cuando los cortamos. Aprendí a entender aquel cuerpo y a comprender que no era mío. Provenía de una multitud de esqueletos masculinos y femeninos, fatigas, pestilencias. No era mío: su existencia era anterior a la mía; yo habitaba en él, lo forzaba hasta límites que él ampliaba sin dejarse atrapar entre ningún confín y yo. No se dejaba alcanzar. No fui capaz de conocerlo mientras rabiaba de amor encima del cuerpo de una mujer ni en el vacío ligero de la pared de una montaña. En esos momentos, él se quedaba absorto en su cometido y todo júbilo era solamente mío.

Nápoles ha sido ese cuerpo moldeado por los pueblos, por el subsuelo, puesto a prueba una y otra vez para descubrir que las supera con creces. Su paciencia es el fruto de un volcán que está ahí para sepultarla con sus cenizas. *Pacienza*:[1] palabra local que combina la voz *patire* con la expresión *darsi pace*; virtud de un sistema nervioso capaz de soportar vidas imposibles. No es resignación, sino el más elevado estado civil de la experiencia, una santidad de marineros en tierra capaces de dormir durante la tempestad. *Pacienza* con los ojos secos «*comm' all'esca*», como el cebo, que era un calamar, una pota que se cortaba en trocitos y se dejaba secar sobre la madera de la barca mientras se pescaba. *Pacienza* de vivir *accussì*, que no sólo significa «así», sino asimismo salir al encuentro del *así* y contra él, vivir *así* por apego al lugar. Quien se marcha o se muere pierde la *pacienza* y el *accussì*.

Otras ciudades tienen cuerpos de obreros, cuerpos de combate contra la fatiga, cuerpos que acaban derrotados, entumecidos, hinchados. En la obra yo me apartaba de ellos: no me asemejaba a aquellas espaldas como de árboles abatidos. A mediodía mi sopa sobrante de la noche anterior no se parecía a sus hogazas rellenas ni a ese litro de vino que trasegaban como locos y que durante las siguientes horas de trabajo pagaban con un aliento pesado y las venas a punto de estallar.

Hoy semejantes costumbres han desaparecido y los albañiles siguen las dietas de sus mujeres y de los doctores. En otros tiempos eran hombres amansados por el cansancio; de los poros les salía el agua de un río y la sal de una escollera. Eran un mineral extraído cada día antes del alba. Nunca soñaban ni yo tampoco. De joven tenía el sueño ligero; la noche era una cáscara frágil y se quebraba muchas veces. Los sueños, para mí, se parecían a los huevos. Entonces soñaba, participaba en el coro de las noches, en la empolladura, quién sabe cuánta ciudad entraba en la cáscara. Lejos de allí aprendí el sueño fósil de las piedras. Los sueños eran cajones cerrados; eran, como dice el Talmud, cartas sin abrir. La noche no era más que una deposición

del cuerpo, un aprovisionamiento. Hace un diluvio de años que he dejado de saber si sueño.

Nada de lo que he acabado por ser físicamente se remonta a mis orígenes. Un solo golpetazo, entonces con una porra de madera que buscaba mi cabeza y que, por instinto, esquivé ofreciendo el hombro como sacrificio, aquel porrazo que recibí en la ciudad fue el anticipo de todos los golpes futuros. Reaccioné con la multitud coceando como una manada de asnos salvajes, rebuznando ligeramente durante el breve forcejeo con el impacto. Fue una descarga eléctrica en los nervios que hizo que me resonaran en la cabeza todas las campanas, las del colegio al acabar las clases. Los tiempos insinuaban un paso de carga; los años tenían en el pulso una taquicardia de tarantela y sólo había una alternativa: o ellos o nosotros. De ahí en adelante no volví a sentir vergüenza ante ningún enfrentamiento porque no puedo juzgarlos. Lo único que sé es que, lejos de mis orígenes, he tenido suerte.

Igual que con los besos: no amé a ninguna muchacha de Nápoles mientras viví allí, toda mi adolescencia hasta que cumplí dieciocho. No fue sino muchos años después cuando, siendo un extranjero de paso por la ciudad, una me recibió con los brazos abiertos. En aquellos besos tardíos engullía una saliva que curaba mis carencias, la lepra seca de mis deseos de muchacho. Probé los besos de consolación, premios para el último en llegar. Eran unos labios sin futuro, pero procuraban paz.

Tras dieciocho años, otro más: volví durante el sísmico invierno de 1980. Con desalojos, escombros y polvo, empezaba una década de habitaciones vacías para hombres dispersos. Buena parte de mi gente vivía en cárceles; yo, fuera. Mi domicilio entonces era un adverbio de lugar: fuera. Nápoles era una ciudad extenuada y estremecida; nuevos temblores y sacudidas azotaban los terrones de toba.

En mis años de infancia me sofocaban el polvillo de la toba, el musgo de las fachadas que daban al norte, la parietaria, los regatos, los huecos angostos donde los palomos, pájaros que no saben de nidos, construían sus casas. Aquellas colinas de toba pasaron después por mis manos en forma de bloques para construir paredes, para moldearlas con la hachuela o con la sierra, para mojarlas y hacer que se les adhiriera la cal. Lejos de Nápoles conseguí que me gustara la toba, que jamás me hizo el daño que me hacía allí sin tocarla.

En aquel invierno sin techo, ya nadie se fiaba de sus piedras: muletas, bastiones, troncos, tubos, tenazas, rejas elevadas al cielo, un obstáculo tras otro y muchedumbres que daban la espalda a los demás pugnando por el dinero de esas ayudas que se derramarían sobre ellos

cual lluvia.

Allí estaba de nuevo, pero sin añadir un solo año a los dieciocho primeros. Aquellos eran un árbol entero; el último, en cambio, una rama caída del tronco. Ni por prestar auxilio ni por atender la llamada de la patria derrumbada: por ninguna de esas razones me hallaba de nuevo allí, sino por amor, voz del azar que se disfraza de necesidad. Una noche de invierno, en una pizzería del barrio de Fuorigrotta, me enamoré de una muchacha que estaba sentada a mi lado. ¿Me habría marchado alguna vez de haberla conocido antes? Por delante veía una vida distinta que, superponiéndose a la anterior, borraba trece años de distancia. Nunca me marché: me quedé aquí. Tú eres mi ciudad, le decía a ella.

Confundía su nombre con los lugares de Nápoles; su cuerpo reclinado, con el golfo; mi sudor, con su aroma de hierba ahumada. El trino de alegría de su voz cantaba en mi cabeza todo el día; en la obra me acariciaba por dentro, me enmudecía. Lo esperaba por la noche mientras preparaba la cena en la casa donde vivíamos juntos. Los domingos serpenteábamos por las carreteras de la costa de Amalfi para picotear pescado frito y digerirlo en alguna cama. Yo tenía las manos de papel de lija; ella, la piel delicada. Ninguna mujer se ha mostrado, se ha desnudado ni se ha echado a perder tanto conmigo. A cambio de su entrega absoluta, le daba una vida miserable. Por mí se consumía, perdía la luz poco a poco, se entristecía. Cuando acabó el año, me pidió que no volviera a tocarla. Se marchaba con la piel enrojecida, y su voz se apagaba al final de las escaleras al tiempo que la ciudad subía por ellas con el desaforado llanto de un niño. Identifiqué la ciudad con aquella joven, vida desvanecida: ya no era ciudadano de ninguna.

Era tarde. No era la chica quien me pedía que no la tocara, sino la ciudad. Puesto que asociamos las ciudades con un amor, somos ciudadanos en virtud de los abrazos, y yo lo fui durante un año. Después no hubo más que tocar.

Mi padre ya no me añoraba; sus ojos secos miraban de buena gana por el balcón, pero no conseguían ver la deslumbrante inmensidad del azul. No distinguía el cielo del mar. Así fue como Nápoles se cerró a mis espaldas echando una cortina tras otra para retirar la luz, como en la retina desgarrada de mi padre ciego asomado a la terraza.

NERVIOS

El colegio se llamaba, y se llama, Edmondo De Amicis, y tal vez fuera eso lo que inspiró el gesto. El último año de primaria y de blusón negro, el uniforme de los escolares de los años cincuenta, estaba llegando a su fin. Las madres de los alumnos sintieron el deber, y también la satisfacción, de demostrar su reconocimiento con un regalo. Contribuyeron todas a la compra de un reloj de oro para entregárselo en mano al maestro de sus hijos, el que les había enseñado a leer, a escribir y a hacer cuentas.

A nosotros, niños de diez años, nos asombró la osadía de la idea: tomarse tales familiaridades con ese hombre terrible, llegar hasta su vivienda, llamar a su puerta. Pedimos quedarnos abajo, no seguir la procesión hasta el umbral. Un maestro terrible, pero ¿por qué razón? En cuanto había un repentino murmullo, pasaba de estar ensimismado a abalanzar esa mano enjuta sobre el escritorio con una frecuencia de golpes digna de un virtuoso de la percusión, haciéndose daño sin duda por la violencia de los manotazos y cortándonos la respiración del sobresalto, ¿era terrible por eso?

Y, si a eso le seguía aquella mirada ardiente de ira, de fiebre nerviosa que le demudaba el rostro y sincopaba sus gestos, ¿bastaba con eso para declararlo terrible? ¿Y, si se levantaba de un salto, fulminante y rígido a la vez, y agarraba a cualquiera de nosotros por el hombro o por el brazo y, sacudiéndolo como para quitarle las pulgas, lo echaba del aula o lo empujaba detrás de la pizarra? Sí, eso bastaba, para nosotros los niños, sus alumnos durante cinco años eternos, bastaba la catapulta de su cólera para hacérnoslo terrible.

Sus arrebatos se habían convertido en el detonante común de nuestras pesadillas. Aun así, para que no me tomaran el pelo, ya no me atrevía, tras despertar en plena noche por el estallido de uno de sus gritos en mi interior o por la descarga eléctrica de una de sus collejas, a quejarme de haber soñado con el maestro. Acusaba directamente al diablo sin tener la sensación de estar mintiendo demasiado.

El maestro era más cosas: delgado, huesudo, con el rostro hundido entre los pómulos y la mandíbula, una piel fina cubriendo los nervios

y los músculos. Tenía un hermoso cabello blanco, lacio, echado hacia atrás, que en los accesos de ira se agitaba por la frente como el pelo de ciertos directores de orquesta cuando dirigen el fragmento rápido de una partitura.

Llevaba siempre el zapato izquierdo desatado y lo observábamos hipnotizados, sin atrevernos a levantar más la vista. Mirábamos fijamente esa cosa chafada. Tenía algunos capilares rotos que le rayaban de rojo el blanco de los ojos. Era un hombre justo, según la justicia de los tiempos. Los años cincuenta corrían o, mejor dicho, discurrían con una lentitud que nunca más volví a sentir, y los profesores gozaban de un amplio poder de corrección del que hoy están exonerados. Era un hombre justo: tenía miramientos con los niños de buena familia, predilección por los mansos y obedientes, generosidad con los escolares pobres que demostraban serlo. Los golpes más bruscos, en cambio, caían precisamente en los chiquillos de la clase menos acomodada. Nunca se ponía malo: sus arranques de cólera lo inmunizaban.

Ya fuera por el nombre del colegio, ya por imaginarse la conmovedora escena de aquel maestro anciano, aunque a mí aún me pareciera atlético, despidiéndose de sus alumnos, el caso es que nuestras madres, reunidas en comité, quisieron tener un gesto a la altura de la ocasión. Fervientes, algo emocionadas, se dirigieron a las escaleras de un edificio en Vomero y subieron hasta el último piso. Las vimos desaparecer detrás del primer descansillo. Cuando llegaron a la cima, recobraron el aliento, se pusieron en fila y llamaron. Él apareció en la puerta, despeinado como siempre. Receloso, no las reconoció de inmediato, así que no las invitó a entrar. Ellas no esperaban tener que desempeñar su papel en el rellano. La delegada oficial se adelantó y pronunció las primeras palabras de un discursillo que se había aprendido de memoria. El maestro escuchó el principio, comprendió de pronto y, en un arrebato de furia, se puso a gritar, con el cuello hinchado y las venas abultadas, «¡Fuera de aquí! ¡Váyanse! ¡Fuera!», haciendo volar por los aires el estuche que se le ofrecía. Como ocurre con esos regalos de broma en los que un muelle levanta la tapa y aterroriza a quien lo recibe, de la caja rosada donde se encontraba el libro *Corazón*, de De Amicis, nuestras madres vieron brincar la mueca endiablada de aquel ingrato. No es que empujara al grupito escaleras abajo, sino hacia el borde de los escalones hostigándolo con pequeños pasos hacia adelante y hacia atrás. Continuó persiguiéndolas a gritos mientras nuestras madres procuraban no atropellarse en su huida. La más atrevida consiguió recoger el regalo antes de agarrarse al pasamanos. Recuerdo haber sentido una oleada de alivio ante ese último grito que, ahogado en el hueco de la escalera, no iba dirigido a

nosotros. En la planta baja las madres se reían entre lágrimas sujetándose aún el dobladillo de las faldas.

¿Por qué actuó así nuestro hombre terrible? Porque consideró ese regalo un acto de corrupción. En aquella época había funcionarios que tenían escrúpulos semejantes. «Nada de *Corazón* -dijo una de las madres alejándose para siempre de ese lugar y de ese libro-. Lo que ése tiene que mirarse es el sistema nervioso.»

Esa ocurrencia, que me ha perseguido a lo largo del tiempo, me explica hoy algo en lo que no había pensado: la experiencia escolar de aquellos años, además de la instrucción, no transmitía sentimientos ni los educaba. Inculcando una disciplina sin orgullo y un deber sin bandera, dejó su huella en los nervios de una generación de estudiantes, no en sus impulsos. Aprendimos a gobernar nuestros miedos, a razonar sobre nuestra rabia. Nada de *Corazón*: esa escuela punteaba y aporreaba los nervios de sus alumnos. Algún día acabarían explotando.

COMEDIAS

Nos repartíamos los papeles. De niños representábamos obras de teatro algunos sábados por la noche. Las comedias las sacábamos de las hermosas ediciones de Einaudi, *Cantata dei giorni pari* y *Cantata dei giorni dispari.*[2] En los hogares de entonces brillaba poco la estrella fija de la televisión. Siempre nos inventábamos algo en familia, aunque sólo fuera contar cuentos.

Sik-Sik, l'artefice mágico y *Quei figuri di tanti anni fa* eran nuestras obras de un acto favoritas, que de tanto repetirlas acabamos recitándolas de memoria. Pero, antes de alcanzar esa perfección, cuántos errores y descalabros que nos hacían reírnos de nosotros tanto como de la comedia. El nervio del cómico, ese bendito adiestramiento para no tomarse nunca en serio el ego diabólico que gruñe con orgullo dentro de todos, florecía y se ramificaba en nuestro interior. Las ocurrencias de Eduardo pronunciadas por nosotros, gargajeadas en medio de un embotellamiento de carcajadas, nos instruyeron en esa segunda seriedad que es la prontitud para la broma, la zancadilla a lo trágico. A nuestro alrededor se alzaba la Nápoles de la posguerra, ¿qué tenía de gracioso ese lugar? Bastante como para intentar contrapesar, para compensar las desgracias. No era una moneda, una cara para lo cómico y otra para lo trágico, cara o cruz según se lanzara al aire, sino la misma cara con muy poca pérdida de músculo. Eduardo llevaba esa nivelación grabada en las arrugas de la cara.

En las tardes más lentas representábamos una comedia larga, en tres actos. Pero no la hacíamos entera: por lo general suprimíamos o resumíamos un acto, el segundo o el tercero. Por eso, en mi cabeza, las comedias de Eduardo siguen estando compuestas de dos actos más uno, fórmula diferente a la de tres. Las más queridas para mí siguen siendo las que dan rienda suelta al animismo efervescente, tropical, de los napolitanos. La ciudad estaba repleta de espectros que se habían quedado pegados a la vida, a las habitaciones. No sólo *Questi fantasmi*!, con un ingenuo héroe que obedece a la vida creyendo que es una visión para así soportarla con la dignidad de Rocinante, el caballo baqueteado del Quijote. En *Non ti pago* insiste en la fe ciega en

el alfabeto de los números, el código cifrado de las visitas celestiales, del infinito yacimiento espiritista que continuamente exhala mensajes como las fumarolas del Solfatara.

Era una tierra de *asistidos*, gente provista de contactos con almas de otros lugares. El torbellino de sus presencias completaba la densidad de población; los vivos eran dobles, múltiplos de espíritus, nocturnos y diurnos. De ahí el insomnio de una ciudad que nunca descansa. ¿Era lo irracional, era el exceso? Más bien era lo razonable, el recurso ordinario a todos los recursos de la mente y del lugar, una manera de llamar a la puerta del más allá para aguantar en el más acá e incluso aceptar plenamente que ese otro mundo, providencial o vengativo, nos llamara. No era exceso: era necesidad.

Para mí, la cumbre de las comedias es *Ditegli sempre di sì*, violenta irrupción de la locura, desastrosa para uno mismo, beneficiosa para los demás. Michele Murri, recién salido del manicomio, se aferra a las palabras, a su sentido literal, como un ciego a su bastón. Cuando alguien le dice que una pobre niña «no tiene padre ni madre», razona y responde: «¿Quién la ha hecho entonces?». Y le reprocha al interlocutor que no haya dicho enseguida que es huérfana. «Para algo están las palabras: usémoslas, de lo contrario me enredo.» Será su extenuante apego al vocabulario el que facilitará el prodigio de reconciliar a dos hermanos que están enfadados. Al final volverán a encerrarlo. La cara de Eduardo no será aquí el mapa topográfico de la ciudad, sino el fruto de una reclusión que busca resquicios y encuentra rejas entre los hombres. Sus pómulos irradian la implacable desesperación de un Buster Keaton del sur tratando de dominar una horda de nervios a flor de piel.

La risa que estalla entre los dientes de esta comedia es la risa más útil del teatro. Aquí no es el contrapeso de nada, sino que se mezcla con la misericordia y da luz a los ojos.

MUELLE DE MERGELLINA

La punta del muelle de Mergellina es, por un lado, un ornamento de yates, una avenida de castillos en el agua con un foso alrededor y un puente levadizo. Están amarrados con relucientes maromas, cadenas de plata para las anclas y ojos de buey de cristal en ese estanque tranquilo. Por otro lado, se extiende la escollera de peñascos blancos, amontonados en forma de dique para proteger a la riqueza de los embates de las olas, soliviantadas por el habitual viento, agitador de revueltas, el ábrego del sur. Pese a la furia que imprime, esa caballería de olas que salpica puñados de sal hasta la colina no mueve ni perturba con la menor oscilación la copa de vino sobre la mesa del yate.

En las jarcias y las banderas panameñas de aquellos castillos acuáticos, el despechado ábrego, con su fuerza meridional, hecha de desiertos y de platos vacíos, de pozos secos y de beduinos flacos, ulula: «¡Os espero fuera, mar adentro!». Pero los señores y las damas, a resguardo del malecón, con las amarras tensas enroscadas a la bita, firmes y suavemente acunados por las cabrillas que encrespan las tranquilas aguas de la bahía, sonríen al ver el esfuerzo del oleaje. Cuánto derroche, dice la más sabia; déjalo que se desahogue, dice él, vestido de almirante, el pueblo agitado por el vendaval es una ingenua muchedumbre de olas que rompe contra la escollera mientras el viento subversivo que la mueve permanece ileso.

Así se imaginaba un chico las conversaciones dentro de aquellas viviendas flotantes ancladas, en tanto que las líneas de las ondas marinas avanzaban por todo el frente del golfo. Está solo en un extremo del muelle mientras las olas cargan a golpes de ariete, chocan con las rocas blancas, se hacen añicos y esparcen su espuma por todas partes. El muchacho sabe que el mar es blanco, ése es su verdadero color cuando lo surcan y lo hienden una proa o el viento, por ejemplo, el tramontano que despelleja la cresta de las olas. Con las velas henchidas, los señores y las damas esperan a que termine la revuelta, a que el mar, tendido bajo los caballos del motor, recobre su color azul.

El chico va al muelle cuando el mar está blanco. El ábrego es para él Masaniello trayendo una multitud de olas que no se arredra ante los gendarmes blancos formados, esa extensión de piedra caliza escuadrada en forma de escollera. Hágase la voluntad del viento: se acabaron el verano y la bonanza, es tiempo de aguas bravas, en el golfo golpean las proas, el mar es una pendiente por la que suben y bajan los espinazos de los barcos. Los pescadores tienen las barcas varadas; los yates ofrecen desdeñosamente sus popas a la tormenta. El cielo está preñado de nubes y pesa: quien no se queda encerrado en casa está jorobado en la calle. El chico trata de tenerse erguido, pero el viento lo hace inclinarse.

El ábrego en el muelle de Mergellina es una llamada para quien busca el punto de desquiciamiento de la ciudad, donde se derrumba el gobierno de los hombres sobre la vida entera. En las montañas hay nieve, esa cáscara de hielo que protege y separa la tierra de nosotros. Allí es el ábrego el que la emprende a bofetadas y empujones con balcones y cornisas, terrazas con melones que cuelgan y los últimos brotes de albahaca. Acolchado entre las telas, uno se despega de la retaguardia de las calles y va delante del viento en primera línea del muelle. Así le da la espalda a la ciudad y ésta deja de existir, se detiene entera, cesa el ruido en ella, la más famosa por su estruendo. Un estruendo que es el tronar de las aguas, la resaca de la ola que retrocede y se alza antes de arremeter, se levanta lo más alto que puede con el viento, que la empuja, la incita, la hace avanzar y produce el fragor de un mundo sin nosotros.

Un chico podía bajarse en Mergellina, cruzar la calle y subir al muelle enfrentándose a la fuerza pura de la tumultuosa marea. La energía marina embestía, cual manada con los cuernos bajos, la línea de defensa de las tierras emergidas. Contenido, el oleaje gruñía arrojando cubos de tormenta más allá de los peñascos; un muchacho podía imaginar que estaba al lado de Manuel y ser un grumete a bordo del libro *Capitanes intrépidos*.

Solo frente a las tormentas, un chico sueña con ser marinero. Lo mismo ocurre con el fuego: el incendio nos empuja a imaginarnos en el papel de los bomberos. Durante la hora furiosa del ábrego, la punta del muelle Mergellina era el cabo de Hornos: olas como ballenas y un látigo salobre. Al joven le venía una regurgitación de gritos retenidos en la garganta, sofocados en lo más profundo de los sueños. Subían a la superficie de su aliento y el chico podía responder al ábrego con un grito sordo, sin vocales ni sonido, un grito de hache muda, la única letra rebelde de todo el alfabeto, la única que no suena. Allí lo tenía: era un aullido que primero le estremecía los huesos, pasaba por la

serpentina de la espina dorsal hasta el cráneo, le desencajaba la boca y le abría los brazos. En la punta del muelle de Mergellina, donde una diminuta rotonda contiene un faro no muy alto, un chico era la proa de la nada, acalorado por sus propios gritos respondiendo a los embates de las olas. Se quedaba ronco y, cuando cesaba sus chillidos, respiraba el mar y sus pulmones se convertían en branquias.

No había enamorados en el paseo marítimo, ni siquiera esos ágiles deportistas que van al trote. No se veía un solo desecho abandonado en el espigón, barrido con escoba de hierro, limpiado de huellas. Las ráfagas traían un oxígeno virgen, un oxígeno que nadie había respirado aún, que no se había incrustado en ninguna hemoglobina y que daba a la cabeza y a los pies la certeza de estar lejos, la misma que la nieve da a los presos, y la noche, a los ciegos.

En el golfo, los petroleros esperaban fondeados a que los vaciaran. El portaaviones de la Sexta Flota dejaba el puente despejado; era una carretera vacía, empezada y terminada sin continuación. Vistos desde tierra firme, los barcos tienen la soledad de las iglesias. La llamada rebelde del ábrego entraba en la cabeza del chico hasta la duramadre del cerebro: así uno puede arrancarse de su tierra como si fuera un espárrago e ir a freírse a otro lado.

Es preciso haber vivido el ábrego para poder arrancarse de allí sin dejar nada atrás. Había que llegar a la punta del muelle de Mergellina con la sal en la garganta, de espaldas a la ciudad, con los brazos abiertos y vacíos en forma de cometa, pero sin cordel. A un muchacho le hace falta estar empapado, no tener nada seco encima. Pocos jóvenes tienen la suerte de poder contar con el extremo de un muelle para que los instruya en el arte de desnortarse. Los demás se las arreglaron con otras sustancias, se condenaron con más soledad. Mientras el chico permanecía al borde del flanco del ábrego, no podía derrumbarse. De ese equilibrio aprendió después a caminar sobre la afilada cresta de los montes con un pie a cada lado del abismo. A horcajadas sobre una cornisa de nieve apelmazada por el viento, se despidió del muelle de las olas. De adulto llegó a cabalgar alguna, a montar ese blancor que es la verdad del oleaje.

En alguna otra parte el muchacho se ha hecho hombre y una noche le entra hambre, no apetito, hambre, y es lo suyo que la conozca a tiempo, no de viejo. En definitiva, algunas tardes de estómago y conciencia vacíos, piensa en el lugar del que se alejó, en qué punto. Recuerda el muelle y su ábrego con una punzada de cargo de conciencia y de hambre, que pueden ser lo mismo y estar en el mismo lugar. Pero lo haría igual otra vez. Y luego entraría en la taberna que hay dentro del mercadillo de Torretta y se sentaría a hincarle el diente a una hogaza de pan ahuecada como un cuenco, rellena de grelos.

HABLADURÍAS

«Ver Nápoles y morir»: con estas palabras concluye un relato de Conrad de 1906, ambientado en la ciudad. El principal acontecimiento se produce por la noche en los paseos de la Villa Comunale, donde un joven armado con un cuchillo asalta a un anciano extranjero. Ese hecho trivial, propio de una crónica de sucesos, podría haber ocurrido en cualquier ciudad, no así la continuación de la historia, que, en cambio, connota el lugar. El anciano caballero le había entregado la cartera, pero había logrado salvar una moneda de oro que llevaba encima. Habiéndose recuperado del susto, decide gastarla en un elegante local para reanimarse. Allí se topa de nuevo con el mismo joven y ocurre la escena opuesta a la que habría sucedido en cualquier otra ciudad. El joven, que es un camorrista, amenaza a su víctima por no haberle dado todo lo que tenía. «Aún no he terminado contigo», le dice. Acto seguido, se marcha con toda tranquilidad. El anciano caballero se ve obligado a abandonar la ciudad y con ella el único clima propicio para sus achaques. «Ver Nápoles y morir»: Conrad, concluyendo de esta manera su relato, convierte el lema turístico en una pena capital.

Así pues, se perfila una ciudad en la que son los ciudadanos quienes tienen que actuar con destreza frente a la pública amenaza de los matones. En esas páginas de principios de siglo, Conrad evoca un rasgo de Nápoles que, con el paso del tiempo, ha ido arraigando en los gestos de sus ciudadanos. Éstos actúan en la clandestinidad, visitan los bancos con circunspección, retiran sus pensiones escoltados por familiares, se meten los billetes debajo de la ropa interior. En la calle los esperan las rondas de día, que, con el ceño fruncido, los miran de arriba abajo con sus ojos provistos de rayos X y les procuran la embriaguez de sentirse piezas de caza. Con apropiada expresión se decía «*asci p' o bosco*», salir al bosque, aludiendo a los que deambulaban entre el gentío en busca de presas.

A pocos metros del lugar del atraco narrado por Conrad se ambientan las páginas, tan opuestas a las suyas, de un gran escritor del siglo XX. Ernst Jünger vivió en Nápoles, en la Villa Comunale,

como huésped del Acuario, en su condición de *doctor pescador*, título que los napolitanos daban a los zoólogos marinos que residían allí. El barco del Instituto zarpaba antes del alba para hacer sus batidas diarias con redes de seda en las aguas del golfo. Jünger describe el fasto de los colores brillantes de aquellas presas vivas que se catalogaban y estudiaban a diario. «Un huevo de tiburón en el que puede verse el embrión vivo en un cojín córneo tan transparente como el cristal.» Un mundo de científicos, de mar abierto y de fauna resplandeciente coincidía en un mismo espacio con el ultraje narrado por Conrad del anciano extranjero agredido dos veces en una noche. Entre los dos relatos, apenas separados por unos metros, se sitúa el renombre de la ciudad llamada Nápoles. Las habladurías, sean elogio o calumnia, son los ingredientes que a lo largo del tiempo se convierten en fama. Ésta consiste en el hambre y en las técnicas con las que se la engaña, en la forma en que se derrama la sangre y se la llora, en los golpes que la naturaleza asesta desde un suelo que hierve varias veces cada siglo, en la manera en que la gente ríe y en que los instrumentos de cuerda y percusión desencadenan el canto. Fama de ciudad maldita, pues los soldados de Carlos, octavo rey de los Valois, le atribuían la paternidad de la sífilis que acababa de brotar entre ellos. Salieron de allí infectados, listos para contagiar su fiebre al mundo entero, y llamando al nuevo achaque *mal napolitain*.

En la cuadrícula con la que los cartógrafos enredan el planeta, Nápoles está donde el meridiano catorce (valor de la *smorfia*:[3] el borracho) se cruza con el paralelo cuarenta y uno (valor de la *smorfia*: el cuchillo). Por eso fue ahí, a la puerta de una posada, donde a Caravaggio lo esperaba un maestro de armas y emboscadas que empapó el hierro en su sangre tibia de vino. Se levantó cuando le quedaba un año escaso de vida: menos de un año de vida le restaba a su cráneo furioso, a aquella mano que había llevado de la mano la luz misma a la pintura. Y, si bien la ciudad fue profanada por un número exorbitante de vencedores, si bien ese golfo abierto de par en par era militarmente indefendible, como reacción, Nápoles hizo inexpugnables a sus ciudadanos: cada uno de ellos es la ciudad entera; todos saben que la encarnan y que la representan.

Después de los soldados, llegaron en oleadas los paseantes más ilustres, que se detuvieron allí y le dedicaron toda clase de atributos. No hubo invectiva que fuera una novedad ni elogio que no se exclamara, besos y escupitajos. Los más distinguidos llegaron para huir, para reproducirse, para tomar aliento, por una deriva noble o mezquina. Se marcharon dejando páginas que se sitúan en el amplio campo que las miradas distantes de Conrad y Jünger pueden delimitar. La acumulación de esos escritos se cierne sobre la ciudad

como el estiércol de los emigrantes en una isla. Una vez seco el suelo, uno se da cuenta, al rasparlos, de que, ya sean invectivas o elogios, el efecto que producen es el de proporcionar fama, un abono que huele a incienso. La celebridad de la ciudad que lleva por nombre Nápoles oscila entre ser una isla incrustada de sedimentos y ser un icono frente al que humea la resina de diferentes cultos.

RELATOS DE VIVA VOZ

Tuve una infancia acústica; el oído era el órgano maestro. Después de la guerra, Nápoles era una ciudad a voz en grito: los insultos, las maldiciones, las lágrimas, las palizas y las llamadas a los soldados norteamericanos, de ronda alcohólica y en celo, subían hasta las ventanas. En Nápoles éramos muchos, embutidos en la densidad más alta de Europa.

Frente a ese insomnio de chillidos ensordecedores, acabé amando las voces. Contaban que había habido *'a 'uerra* (guerra), *'e mbomme* (bombas), *'e ffuiute* (carreras), alemanas primero, luego *ll' americane* (estadounidenses).

Hablaban de desgracias y de rescates, de desdichas y de milagros, que siempre tenían que ir en pareja, como el hambre y el contrabando. En el golfo no se podía salir a pescar: había minas. Únicamente los peces campaban a sus anchas.

Así pues, por aquellas voces conocí las batallas y las batallitas, la materia prima de la Historia. En efecto, la Historia pasa por ahí, no por los libros ni las series de la televisión, sino de boca en boca por las noches, en las fiestas de guardar, cuando los adultos se juntan y se ponen a recordar. Nuestra señora la Historia pasa por la voz de una tía o de una abuela, pues fueron las mujeres quienes sufrieron la guerra en la ciudad, con los varones dispersos en algún frente o en cautiverio.

La Historia pasa de voz en voz hinchándose o desinflándose un poco en las repeticiones, y un niño la entiende haciendo la media, quitando el peso bruto. Tuve la suerte de escuchar, de pertenecer a un tiempo todavía hablado. No es que los adultos quisieran contarnos nada a nosotros, la turba de mocosos, al contrario: cuando alguno de ellos decía que no eran historias para *críos*, nos echaban de allí. Pero las puertas no cerraban bien y las oíamos pese a todo. Por lo tanto, el oído fue el órgano de mi infancia. Aquellas voces propagaban la Historia en los cuatro sentidos; suscitaban una identificación conmovedora y cómica, calor y frío, desorbitaban los ojos, destapaban la nariz, echaban sal a la saliva. La Historia se transmitía por contagio físico.

Por eso me encanta, por ejemplo, el teatro cívico de Marco Paolini.

Lo concibo como una cocina donde la cena se prolonga en invierno y se absorbe el último calorcito mientras se oye hablar a un pariente o a un invitado que tiene el don de la palabra.

Y pienso, como contrapunto, en el teatro político de Dario Fo en los años setenta. Al calor del momento, a los poderes de entonces se les echaba en cara la verdad oficialmente negada a ultranza, negación que ha llegado hasta nuestros días con la absolución de todos los culpables de la carnicería del 12 de diciembre de 1969 en la Banca dell'Agricoltura de Milán. En aquellos años, fuera de las salas togadas y drogadas de *omissis*, la verdad latía en las plazas públicas y utilizaba el teatro, siempre más rápido de reflejos y más democrático que el cine. Dario Fo, con su *Misterio bufo*, sembraba conciencia civil en el país.

Pero éstos no son tiempos para agarrar de las solapas a los grandes poderes. Hoy los agravios y las injusticias se dispersan en infinitos casos, en historias desoladoras que no salen a la luz. La remota catástrofe química de Bhopal, India, con unas consecuencias legales aún más insultantes que la masacre; las leucemias causadas por el uranio empobrecido que padecen los soldaditos, contagiados con un producto de la más reciente ocurrencia occidental, la guerra humanitaria.

Hoy queda el teatro para actuar como suplente de las cocinas, de las fiestas, de los domingos en la ciudad. ¿Acaso los relatos orales cambian con el tiempo? No, los relatos orales cambian el tiempo.

BUEN VIENTO

«La vista es el primero de todos los sentidos que se vence en la batalla», escribe el latino Tácito hablando del pueblo de los arios, en Germania. Tenían un aire tan salvaje y belicoso que desmoralizaban al ejército romano. Su derrota comenzaba por los ojos, desde la apariencia, desde la superficie.

Cuando empezó mi época de aflicciones y recuerdos, siendo un niño en la Nápoles de los años cincuenta, el aspecto de la ciudad hacía que sus habitantes se dieran por vencidos nada más empezar. El enfoscado roto y cuarteado era un patrón de grietas que se ramificaban y se hacían más profundas de un terremoto a otro. El rostro de la miseria, común a gran parte de la Italia de la posguerra, quedó desfigurado entre nosotros por un ictus monárquico, por el perfil pirata de un Onassis periférico que, en plena república, reunió la mayoría de los votos de los ciudadanos haciendo una genuflexión ante los modestos descendientes de una dinastía expulsada. El almirante súbdito y su séquito deseaban a aquellos reyes. Tierra adentro estaba el arsenal de guerra de la OTAN, y la ciudad era la capital militar del Mediterráneo, puesto de avanzadilla y objetivo nuclear.

Desconocíamos la gloria de ser el centro de una diana ajena: sólo nos dábamos cuenta de ser un punto de amarre y de esparcimiento para los soldados de permiso en tierra. Los petroleros extranjeros refinaban el crudo de Europa en nuestras aguas. La finalidad social de los poderosos en la ciudad era menos obreros y más contrabandistas. Ésa es la Nápoles que conocí y que se imprimió, con el calor del siroco y el frío de la tramontana, en los escalofríos y los sudores de mi niñez. Sobre las elecciones, amañadas con pasta y zapatos, y en el ferrocarril, que se llevaba a unos emigrantes que eran a la vez mano de obra y cabezas pensantes, se cernía el oscuro revoco de las derrotas. Y, para olvidar Nápoles, bastaba con darle la espalda caminando por el paseo marítimo, donde por fin se acababa la ciudad y empezaba el mar abierto, la vastedad de las olas.

Hoy reparo en que un mero retoque del enlucido, una sola plaza desengrasada de su maquillaje de aceite de motor y de la solfatara de

los tubos de escape, es ya un signo de resurrección, como el viento que atrapa al profeta Ezequiel y lo arrastra para insuflar vida en los huesos que hay en un valle. Y, si Tácito tiene razón en lo referido a la guerra, también la tiene en lo referido a la paz: la vista es el primer sentido que se vence en la política. No se puede juzgar una gestión por el efecto óptico que produce ni se puede evaluar antes del final de su mandato. Sólo entonces, poniendo del revés los bolsillos, podrá verse si es polvo o harina. Pero hace falta el revoco nuevo, que no es una escritura, sino la eliminación de las capas anteriores. No obstante, hace falta algo de fervor, la alegría del despertar, un consuelo para los ojos, que no es poco.

Galileo fue el primero que demostró que el aire tenía peso. Si hoy volviera a hacer sus mediciones en Nápoles, se daría cuenta de que aquí pesa más. Se ha preñado de gases, algunos beneficiosos para la respiración, como la esperanza; otros volubles y menos saludables, como el orgullo y la revancha. Son los gases de las expectativas, que provienen de un depósito de majestuosidad sumergida, de orgullo salvaje. Bajo los harapos de una capital de región reina el desvergonzado matonismo de uno de los pocos núcleos capitales del polígono Europa. Así ha sido por derecho de siglos y de geografía. La ciudad se eleva y desciende según su propio *bradisismo* político, independiente del resto de Italia. Una noticia de sucesos puede explotar en la pirotecnia de un símbolo. El presente es un cable al descubierto que chisporrotea cuando entra en contacto con el aire. Aquí lo que cuenta es la periodicidad de la suerte. No hay arte que pueda enseñarla; no la hubo para que Ícaro continuara su vuelo en las alturas, para no caer en picado.

VOLCÁNICOS

Por audacia o por falta de elección, que a veces son lo mismo, un pueblo acaba habitando en lugares incómodos, arriesgados. La humanidad está repleta de temerarios que toleran el peligro. Una tribu de pieles rojas insensible al vacío y al vértigo encontró empleo en la construcción de rascacielos. A lo largo de los siglos, los napolitanos han amansado y amortizado la pesadilla de convivir bajo un horno colosal. De generación en generación, heredan un ajuar de historias catastróficas, advertencias, milagros, amenazas y una vasta colección de erupciones ilustradas. Son un pueblo telúrico y, por lo tanto, inventor de la tarantela en el paseo que recorre la playa. En efecto, ésa es la frontera: vivimos en una franja de tierra entre un volcán y los peces. Por eso tenemos el mismo nervio que los atarantados del mundo, pertenecemos a la internacional de los baqueteados, más parientes de los chilenos y los japoneses que de quienes viven en el valle del Po.

A un pueblo telúrico se lo reconoce por su manera de mirar al mar: con confianza. Nosotros lo vemos como una vía de escape incluso cuando hay tormenta. Frente al incendio de la tierra y del cielo, la única salvación es el mar. Por más que se vacíen las entrañas al rojo vivo del infierno, el mar sabrá detenerlas. Un pueblo telúrico ve en las olas que barren el golfo una fuerza de paz contra la insurrección periódica del fuego. Nápoles se dotó del santo apropiado, Jenaro, familiarizado con las erupciones, un estratega defensivo que dio lo mejor de sí, no tanto en la licuefacción y coagulación de su bendita reliquia como en el ponte della Maddalena, donde, a la cabeza del pueblo, la estatua del santo detuvo el río de llamas. El volcán es para nosotros más cierto que la estrella polar. Estando dentro de sus casas, no todos los napolitanos saben indicar a través del techo dónde está el carro de la Osa Mayor. Pero todos, en cualquier habitación en la que se encuentren, saben con certeza dónde está el Vesubio. El resto de la orientación desciende de ahí, pues el volcán es un faro plantado en el sistema nervioso.

Para quienes son del sur y nacen junto al mar, la nieve tiene ecos de leyenda. En cambio, para Nápoles es el elegante sobrecuello del invierno cuando de repente una mañana el volcán despunta como una cumbre de los Alpes, y el blanco de los ojos que lo miran rebota en la nieve y se vuelve más blanco. Los estratos volcánicos de toba son la casa en la que vivimos. Quiero creer que el carácter de un pueblo se endurece durante el sueño. El nuestro ha dormido en la piedra apagada de las erupciones. La toba es nuestra intimidad común; en nuestros sueños está el polvo amarillo corroído por el aire salobre, por los vientos que restriegan sal contra su corteza. De vez en cuando algún periódico publica una clasificación sobre la habitabilidad de las ciudades: Nápoles no sobresale. La culpa es de los parámetros que se toman en consideración. No se incluye el apartado *mar*, que consuela y perfuma, ni tampoco el del *viento*, que transporta arenas y especias lejanas, pero sobre todo no figura el apartado *volcán*, que otorga el peso de la ceniza y la desenvoltura del fogonero a la forja de un pueblo, y menudo pueblo.

FÚTBOL

El género de la ciudad es incierto. Hay quienes la cantan en femenino -«*Addio mia bella Napoli*»-,[4] y quienes la declinan en masculino: «*Chist' e Napule sincero ca pur' isso se ne va*».[5] Ninguna duda envuelve el género del equipo de fútbol: «*'o Napule*», el Nápoles.

De niño me desagradaba su símbolo, el asno, *'o ciuccio*. En las otras banderas ondeaban lobos, toros, grifos, cebras, ¿por qué nos tocaban a nosotros aquellos cuadrúpedos tan denostados en las aulas escolares? Más adelante, mi lectura de la Sagrada Escritura ensalzó la imagen que tenía del asno, desde el establo de Belén hasta la elegante cabalgadura blanca de la entrada de Jesús en Jerusalén. Ahora amo esa especie y no es raro que me refiera a mi cuerpo con el afectuoso nombre de *asno*, en recuerdo de los años en que fue obrero. El peyorativo añadido *de carga*, por el peso soportado, es para mí hoy la honrada voz de una virtud. Me gusta verlo ondeando en una bandera.

Recuerdo la construcción del estadio, el San Paolo, un campo con una capacidad superior a la habitual en aquella época. Otras ciudades protestaban, pues ésa no era forma de gastar el dinero cuando la capital del sur tenía otras prioridades. Eran voces sabias, aderezadas con un poco de vinagre. Nos tocaría oírlas cada vez que el gasto destinado a la supervivencia se desviara a otra cosa. Pero el hecho es que en Nápoles la economía siempre se ha condimentado con el azar, con pequeñas menudencias, con la usura, con la lotería clandestina, llamada *'o iuoco piccolo*, el juego pequeño. La economía local invirtió en apuestas, sueños, dilaciones. *'O iuoco grande*, el juego grande, el fútbol, formaba parte de la necesidad de suerte, de los gastos misteriosamente indispensables por los que uno se endeuda.

En la posguerra Nápoles era una ciudad abofeteada: devastada por los bombardeos aliados, ocupada por los marineros de la Sexta Flota estadounidense. Se fue vaciando de hombres que emigraban y llenándose de niños aprendices. Por hostilidad hacia la república, era monárquica, si bien estaba menos encariñada con los Saboya que con los Borbones. Había puesto la alcaldía en manos de un armador que

aceptaba el abusivo rango de *almirante* y hacía campaña electoral ofreciendo pasta y zapatos a cambio del sufragio. El voto era una mercancía: la ciudad vendía la preciosa oportunidad de que alguien tuviera algo que pedirle. Vendía sus urnas a módicos precios. Además, el almirante también era dueño del equipo de fútbol y, de vez en cuando, hacía fichajes sensacionales de ilustres delanteros centro. Los ciudadanos se mostraban agradecidos entonces por ese orgullo de oropel que sustituía su dignidad pisoteada.

Los domingos en que se jugaba en casa, la ciudad entera cruzaba a pie el largo túnel que desemboca en Fuorigrotta. A veces me llevaba mi padre, que me hacía recomendaciones como si me fuera al frente, filas apretadas, rancho temprano para salir de casa a mediodía. Allí aprendí, mirando a las gradas más que a la cancha, qué es una multitud, cuánta pólvora contiene, tan buena para la pirotecnia como para los cañonazos. Aquella muchedumbre era más grande que cualquier equipo, era King Kong sosteniendo en su mano a la muñequita rubia.

El primer infarto de mi padre interrumpió nuestros domingos. Ya no volví al estadio y seguí los resultados de los partidos desde la retaguardia. Hasta las proezas del rey del fútbol, la expresión suprema de sus virtudes regateadoras comprimidas en un pequeño toro argentino, me alegraban sin conmoverme, sin empujarme a acudir corriendo. El Nápoles que arrebataba todas las ligas estaba entonces en una ciudad distinta, que elegía a alcaldes de izquierdas y que, tras el terremoto de 1980, había vuelto a resurgir bajo un aluvión de miles de millones. Incluso los blancos marineros estadounidenses se habían ido para siempre decretando el fin de la posguerra también en Nápoles.

Ahora el equipo y la ciudad están corriendo la misma suerte que otros lugares. La capital ofendida del sur se ha transformado en una de las muchas metrópolis de Europa, adonde las nuevas caras del verdadero sur del planeta vienen para vender mercancías y mano de obra en sus aceras. Aumentan los ingresos y la edad media de la población, igual que lo hace la estatura de los futbolistas, quienes han de cumplir el requisito de tener una complexión atlética antes que el de saber acariciar el esférico cuero. Ya no hay lugar para funambulistas de poca alzada que no calcen más de un cuarenta. Tampoco existe ya la pólvora de una incandescente muchedumbre *flégrea*, de sus vítores encarnizados de rencores, fogoneros de ilusiones.

LA PALABRA *PATRIA*

Nacido y criado en un rincón del sur aligerado por la marcha de millones de emigrantes, a menudo he oído que «*'a patria e chella ca te da a mangia'*», la patria es la que te da de comer. La reducción del lugar de pertenencia a dispensador de alimentos era la definición más amarga, pero no la más despectiva. Trabajar y ganarse el pan es un derecho elemental, y es lo que confiere dignidad y arraiga la pertenencia. Padrastra es la patria que lo niega, que discrimina entre hijos e hijastros. El sur era en gran medida hijastro. Sus patrias fueron las Américas, Australia. Los emigrantes se expatriaron sin conocer el verbo, despidiéndose con un pañuelo blanco, y no tricolor. Llevaban consigo un dialecto en el que expresar la nostalgia; el italiano era la lengua de quienes podían permitirse el lujo de hablar de un modo distinto al del pueblo, al de los pueblos reunidos bajo el sombrero de Italia.

En nuestra casa el término *patria* estaba inexorablemente emparejado con la desmañada y trágica experiencia del fascismo. Mis padres habían conocido los sábados del régimen, las convocatorias que obligaban a los hijos de la loba a unirse a filas, los desfiles con lábaros y águilas romanas, caricaturas y adornos desempolvados de un esqueleto de la historia. Esa patria con el signo de exclamación se tomó tan en serio que hasta llegó a creerse guerrera. Nápoles oyó la sirena de la alarma aérea la noche misma de la declaración de guerra: la palabra *patria* presentaba apresuradamente la cuenta. Hay vocablos que se vuelven inservibles. Junto con el *Lebensraum*, el espacio vital, exigido por el expansionismo alemán, la voz *patria* acabó sepultada bajo los escombros y los tanques de los vencedores, con una monarquía pronta a desertar.

De joven, durante mucho tiempo me adherí a una juventud revoltosa y comunista que repetía el lema «El proletariado no tiene nación». Los obreros, los explotados, según esa creencia, eran compatriotas de otros como ellos que vivían más allá de las fronteras nacionales, mucho más que de sus conciudadanos de clase burguesa.

Por lo tanto, *patria* es un término ajeno a mi diccionario, y tal vez lo escriba aquí por primera vez. A este desuso se suma también mi escaso aprecio por el himno de Mameli,[6] respecto al cual no acabo de concluir si es peor el texto o la música. ¿Dónde está la victoria? Fueron a buscarla donde no estaba: en Rusia, en las montañas de Grecia, incluso en África. Mi madre dice que *patria* es una palabra que te despierta cariño sólo si estás en el extranjero y oyes a alguien hablar mal de tu país. Entonces te asalta el impulso de defenderlo. Estoy de acuerdo con ella: a mí también me ocurrió y me vi devolviendo la ofensa. Protegía así mi lugar de origen, la lengua que aprendí a hablar y a amar después del napolitano, el plato en el que comí y las recetas aprendidas, la geografía, los nombres de mis padres, el aceite, las naranjas, Vittorio De Sica y Fabrizio De André, la sangre que vi derramarse, un beso en el andén de una estación. Ésas son las cosas que han dejado huella en mí, no una camiseta azul, ni una escarapela, ni una institución. Entonces, sí, estando lejos, salió a la luz la quintaesencia del italiano que soy, uno sin la voz *patria*, a la que prefiero variantes como *fratria o matria*, aunque sólo sea para sustituir al padre, moneda que ha acabado fuera de circulación.

SAGRADO DEL SUR

La expeditiva intimidad de Troisi y de su compinche Arena con el santo de una iglesia se presta a lo cómico.[7] Cuchichean a dúo solapando sus peticiones mezquinas y cruciales, discuten entre ellos, halagan y amenazan al santo hablándole con el descarado y necesario *tú* de las plegarias. Su tráfico de urgencias a los pies del santo nos hace sonreír precisamente porque proviene de un apego concreto a la potencia sobrenatural. Nos encomendamos a ella porque la sentimos próxima, encima, dentro y, para los napolitanos, debajo. El efecto cómico no es una invención, sino que se aprovecha de la verdad y es deudor de ella.

Es cierto que en Nápoles tenemos la amplitud del horizonte, el panorama. «*Luceno 'e 'llastre d'a fenesta toia*», refulgen los cristales de tu ventana, reza la estrofa menos interpretada de «'O sole mio». Pero, detrás del fondo luminoso del golfo, está la oscuridad. Hay callejones que ven menos luz que la cara norte de las montañas y en cuya toba prospera el musgo, buena materia prima, junto con el corcho, de los belenes. Y luego está lo de abajo. Nápoles tiene un doble fondo: la ciudad es la corteza superficial de una inmensa trampilla. Por debajo está vacía, hueca, una cámara de aire en la que se debilitan los terremotos.

Los antiguos ya lo advirtieron. Colocaron al lado de la ciudad la entrada al infierno: por un túnel cerca del lago Averno, entre sus estanques sulfurosos y sin pájaros, Eneas entra vivo al encuentro con los muertos.

En Nápoles el sentimiento de lo sagrado procede del subsuelo, no ha descendido del cielo. Su inspiración no vino de contemplar, por la noche en las terrazas, ni cometas, ni eclipses, ni constelaciones, sino de respirar el gas de los campos ardientes y flégreos, de escuchar el rugido de la tierra sacudida, de ver el visceral fuego del volcán descender como si fuera un río. Lo sagrado de este sur sale a la superficie como la solfatara: despidiendo azufre verde.

Eso es lo que han aprendido las generaciones que han visto llover la ceniza, la han barrido de los tejados, de los balcones y la han

arrojado al mar. Aquí lo sagrado es sagrado no porque haga que se evapore el incienso en los altares, sino porque se cuece lentamente, como el *ragù*. *Peppèa* es el verbo dialectal que imita los pequeños brincos de la tapa sobre la salsa. Lo sagrado por aquí *peppèa*.

¿Qué esperanza tenían los jacobinos locales de 1799, esas *gloriosas cabezas* de una república despreocupada que creían poder abolir a Dios y a los santos por decreto? Así, hace doscientos años, el pueblo los torturó y los sacrificó en la plaza. En nuestra tierra lo sagrado ha sabido ser feroz. ¿Abolir a los santos? No, el pueblo no puede prescindir de ellos, de sus mejores empleados, siempre de servicio con sus mostradores abiertos día y noche, a los que se acude para pedir cualquier cosa. Troisi y su compadre, a los pies del santo, liberan el gas subterráneo de las súplicas, el subsuelo humano necesitado de un milagro como medida mínima de primeros auxilios. A cambio, en las festividades, en las onomásticas de los santos, disparamos *contra* el cielo, en señal de agradecimiento, toda una artillería pirotécnica de cañonazos, de fogueo, por supuesto, pero apuntando *contra*.

En Nápoles, en la cumbre de todos los santos está él, san Jenaro de la sangre. Si Nápoles es una *ciudad de las sangres*, una «*ir haddammim*», como leemos en la Sagrada Escritura sobre Nínive y Jerusalén, se debe a él. Si Nápoles tiene derecho a ese temible rango es por su reliquia coagulada, que varias veces al año debe exhibirse en el milagroso abracadabra de la licuefacción: sangre santa que se funde como el chocolate bajo un cielo de chillidos de mujeres en una iglesia, se diluye bajo su sudor de aguarrás, único disolvente apto para el milagro. Él, san Jenaro de la sangre, abreviado en la taquigrafía del dialecto como *sangennà*, es la fertilidad de lo sagrado en medio del golfo, el menstruo del cielo que debe fluir y dar poder a las mujeres, a la tierra, al mar, a la salsa roja de tomate y pescado con la que se hace la sopa de nuestra propia sangre.

La sangre es nuestro subsuelo. Preside lo sagrado y, por lo tanto, las más duras invectivas: «*Mannagia 'o sango 'e chi t'e…*», maldita sea la sangre de tu gente (viva o muerta); «*puozzittosàngo*», ojalá escupas sangre. Es ahí donde se ceba la ira, en ese yacimiento de arterias y venas que se desperdiciará, que se derramará por el suelo.

En el paciente prodigio de la sangre que se disuelve se halla la mano femenina sobre el santo. El apremio de los gritos de las mujeres lo obliga a obedecer, a reproducir aquello que en el pasado hizo por generosidad y sin ser consciente de estar encadenándose a un diluvio de representaciones periódicas. Frente a esas mujeres, sus encarnizadas sacerdotisas, Jenaro responde con su coágulo, con su último resto, a la infinita necesidad de pedir que tiene el pueblo.

Luego, en la ronda final de besos, el cristal que protege la reliquia se empaña con el aliento de las bocas que en él se posan. La providencia mezcla así las enfermedades y mejora la inmunidad de un pueblo fértil y diezmado por las epidemias, que ha ofrecido a la tierra la más elevada tasa nacional de infancia sepultada.

De esta forma, en la sonrisa, en la risa que desata la franca arrogancia de Troisi y Arena frente a su santo, hay trazas de la sangrienta y subterránea aventura del sur, santo y brutal.

TOTÒ

Este gran cómico es la quintaesencia de lo napolitano. En él se concentra un repertorio de gestos, frases y contracciones nerviosas desperdigados entre los hijos de la ciudad. No los imita ni los copia: los posee. Rara vez cede un pueblo su herencia a uno de sus ciudadanos para que la conserve. Por lo general, el legado se disemina en fragmentos, en el polvillo de los testimonios. De la misma forma en que, en la poesía, le correspondió a Salvatore Di Giacomo ser el depositario del patrimonio de la lengua napolitana, así le correspondió a Totò, príncipe no de pacotilla sino de pantomima, ser el saltimbanqui general de un pueblo teatral que reconoce en ese hombre sus propias facciones y le otorga el rango que el Quijote otorgó a Sancho Panza: el de ser su escudero.

Así, su rostro se convirtió en mapa, *mappina* (que en Nápoles significa «trapo») y *mappata* (que en Nápoles significa «montón»), trazado catastral de las características hereditarias del lugar. La mandíbula desencajada es la asimetría propia de los territorios sísmicos, asimetría cambiante si hablamos del perfil de los volcanes, que a lo largo de los siglos renuevan su silueta al ritmo de los desfogues de los cráteres. Su mentón es una figura heráldica de una fealdad redimida a fuerza de alegría. Y su voz es un sonido filtrado por los asfixiados callejones, una voz enronquecida por la necesidad de elevar su aliento por encima de los demás. Es la voz de uno de esos cantantes que saben hacerse escuchar a bajas revoluciones, no de esas que rompen cristales, como las de Caruso o Tamagno, sino la brumosa y grácil voz de un Murolo.[8] Aun cantando, Totò tiene estrofas extravagantes, «*Quando hai vent'anni ti ci vuole la mogliera, per aumentare la famiglia di papà*» («A los veinte años necesitas una esposa para aumentar la familia de papá»), y divertidas incluso en el fervor amoroso: «*Gnerno nun si' na femmena, tu si' nu cesto 'e roses, si' nu canisto 'e fravule addirose*» («No señor, no eres una mujer, eres una cesta de rosas, eres una canasta de fragantes fresas»).

Su precisión mímica proviene de haberse entrenado en el vodevil, cuando había que conseguir que un público frío, apenas instalado en

la sala, se riera a mandíbula batiente mostrando sus dentaduras, monstruosas en una época en la que no se iba al dentista. Realizaba el número del movimiento mecánico, fruto de la identificación física con el títere. Era un portento, como los grandes cómicos del siglo, Chaplin, Keaton. En medio de un auditorio sumido en la vorágine, arrastraba a la compañía para que hiciera la conga detrás de él y de la fanfarria militar, pues él era la fiesta nacional. Concluía, como después de las procesiones, con un despliegue manual y facial de fuegos artificiales. Sus deslices con las palabras, sus descarrilamientos ortográficos, eran la cosecha de un pueblo que, estando al servicio de los señores, trataba de hablar su misma lengua para parecer mejor y hacerse el instruido. Y ese esfuerzo se tributaba con el impuesto de la risotada. De ese modo el teatro resarcía a las víctimas mediante un comicastro expiatorio sobre el que gravar con intereses, en el patio de butacas, las carcajadas de las que eran objeto. Eso también era un cómico en Nápoles: alguien que soportaba las burlas que, fuera del teatro, los seres humanos debían encajar cuando se reían de ellos y de su nula alfabetización.

EDUARDO

De niño leía las comedias de Eduardo De Filippo como si fueran el esqueleto de una novela, reducida a la mera acción de las voces. Éstas, junto con algunas pinceladas de ambientación, bastaban para sustentar el relato en sí. Luego las vi cobrar vida en escena con la exactitud de una demostración. Al final se bajaba el telón con el mismo susurro de la última página.

A Eduardo De Filippo lo describían como un tirano con los actores. Las anécdotas en torno a esa fama se amontonan, entre las cuales la más gélida fue el mero «¿Por qué?» con el que contestó a un actor que le pedía trabajo y tras el cual, para zanjar su petición, había añadido: «Yo también tengo que vivir». *¿Por qué?* con el sentido de «¿por qué razón?». Si alguna vez De Filippo pronunció esas palabras fue más por la necesidad de desmontar la frase hecha, la fórmula ritual, que por dar una bofetada a quien le suplicaba. La anécdota no cuenta lo que sucedió después, si el actor obtuvo o no el papel, pero el carácter de De Filippo lleva a pensar que aquella salida no fue sino el preludio de su pronta aceptación de la solicitud.

En algunas entrevistas he leído que era despiadado con los actores porque, ante todo, lo era consigo mismo. Pero no suele ser así. Quien se impone a sí mismo el máximo rigor, la peor severidad, por lo general es indulgente con los demás porque no le desea a nadie la presión a la que él mismo se somete. Los solitarios, los que destacan en un arte a fuerza de contorsiones, acostumbran, por contraste, a ser suaves con los demás. Eduardo De Filippo sólo fue exigente con el fin de descarnar el gesto y la frase recitada. Pretendía alcanzar la desnudez de la expresión. Para él, ser actor era un ejercicio de *ascesis*, que en griego meramente significa «adiestramiento», «aplicación hasta el desmayo».

No soportaba ninguna frase hecha, ningún automatismo. En las innumerables repeticiones de los gestos, de los papeles, noche tras noche, en teatros solemnes o destartalados, el actor tiende a accionar el piloto automático. Con Eduardo en las tablas, eso no ocurría. Allí el látigo de su ejemplo impedía cualquier relajación del empeño.

De un actor se dice que debe tener presencia escénica. Eso es lo mínimo, y no es suficiente. No basta con plantarse en escena, sino que además es preciso ordenar el espacio circundante, como hace el dolor con el cuerpo, que, incluso cuando ocupa la periferia de un pie, lo convierte en el centro de los sentidos a fuerza de palpitar. Eduardo De Filippo era esa presencia que daba peso y geometría a los demás cuerpos a su alrededor. No cabe reducirlo al actor, al director, al comediógrafo: no era la suma de los componentes, sino la transfiguración de una ciudad en maquinaria teatral. Ponía Nápoles en escena y la engrandecía. Su teatro era voluntad de justicia, de hacer justicia al sufrimiento de un pueblo y de un lugar que afloraba en su rostro a sacudidas, mediante gestos de identidad. Nápoles subía con él a los teatros del mundo. Por eso no le hacía falta vivir en la ciudad, al contrario: era ella, domiciliada en él, la que se desplazaba en el carro de los actores. Eso es lo que les sucede a las ciudades legendarias y a los saltimbanquis sobrenaturales.

PAISAJE

Un paisaje es un lugar donde el aire no choca con los muros, donde los ojos pueden liberar sus dioptrías hasta el horizonte. Un paisaje es donde nosotros, los de la especie humana, estamos en minoría respecto a los pájaros, los árboles y los peces.

El hogar de mi infancia fue el mar, el Tirreno, islas volcánicas empujadas desde las profundidades abisales para emerger impetuosamente, materia flégrea derramada y endurecida al sol. El fondo marino se hunde al abrigo de la costa: unos pocos pasos, y tendremos el vacío sin límites bajo los pies. Quien se adentra en el agua se apoya en la inmensidad y se percata de estar sostenido por ella, de estar en la cima del mar. Flotamos gracias al principio de Arquímedes, pero también, sin ánimo de cuestionar su ciencia, gracias a la profundidad que empuja desde abajo porque quiere aflorar a la superficie.

Nos sumergimos en la cavidad de las olas y nos hallamos en el umbral de la vastedad que nos ha precedido y nos envolverá. Aquí está la ola que impulsaba a Ulises mar adentro, lejos del regreso; aquí está el viento de Eolo que lo perseguía; aquí está el queso de oveja de Polifemo, quien, ciego, ya no podrá verlo curarse en la penumbra de la bodega. Los paisajes se aferran a una infancia y nunca se desprenden de ella.

En las remotas tierras por las que deambulo, puedo volver a habitar, gracias al mero acicate de uno de mis sentidos, los lugares que fueron míos. Basta con un sonido metálico para evocar el remo preso en el escálamo; un olor a asfalto trae el regalo de una playa en primavera y a los pescadores con estopa y alquitrán. Un pinchazo de inmediato se convierte en la púa de un erizo de mar vengándose del cuchillo que lo destripa y de quienes se lo comen vivo.

Un hogar en el que, dondequiera que esté, por la gracia visionaria de mis sentidos, habito nuevamente al vuelo, pleno, ileso. Muchas veces el tiempo lo difumina con sucesivos borradores, pero no dentro de mí. La bahía ahusada de Bagnoli, antes de Italsider,[9] se cubrió luego con los altos hornos de colada continua, con el humo carbonero de la fundición. Después, al cabo de ocho olimpiadas, tras un nuevo

desmantelamiento de las instalaciones, la playa fue devuelta a la marea de cuerpos desnudos al sol. La angustiosa sucesión de borradores no me enferma de melancolía. Dentro de una página, mientras la escribo, puedo situarme una vez más en el tiempo precedente, en ese antes que me ha tocado en herencia: un puerto deportivo en ruinas, un hormiguero de infancias desnutridas, proteínas exprimidas a las anchoas, un descenso a la carrera desde la horda de callejuelas hacia el suroeste, donde la ciudad cesa de repente y comienza el mar abierto. Frente al espigón, el mar animaba a la mirada a atravesarlo, a desembarcar, en un abrir y cerrar de ojos, en la isla de enfrente, la Capri de los emperadores romanos, de los semidioses del cine, de los exiliados rusos y de los nórdicos en verano. En la duración inmensa de los minutos, refulgen las luces de mis visiones; luego cierro los ojos y cae un cierre metálico sobre mi tierra intacta.

PESCAR

Era un honor que te admitieran en una barca de pesca. Cualquier chico que deseara formar parte de ella tenía que demostrar que se parecía a un hombre. Primera regla: guardar silencio, pues aquello no era un pasatiempo, sino un trabajo prolongado en el que, para entenderse, se empleaban más las señas que la voz. El viento y el estruendo del mar desalentaban la cháchara. Un muchacho no debía mostrar señales de cansancio ni bostezar por haberse levantado cuando aún estaba oscuro. Debía tener callo marino, ser capaz de permanecer de pie en una barca que se hace a la mar. Ponerse a los remos si hacía falta, desmontar el timón o estar listo para echar el ancla, preparar el cebo, dejar la tarea a los hombres y atender la pesca que subía de las entrañas del mar.

La captura era un regalo, y no la contrapartida de un trabajo. Los pescadores hacían lo debido, a tiempo, pero eso no significaba que se sintieran con derecho a exigir sus frutos. Éstos pertenecían al mar, a su humor del día, a las corrientes, al sentido que le daba el viento, al lúgubre fondo marino, al que le traían sin cuidado las tormentas en la faz de la tierra, los relámpagos, las hambrunas, las desdichas.

A los pescadores les correspondía la más antigua plegaria corporal: la paciencia. Por compañía tenían el humo del tabaco, que mezclaban con la respiración. Así, antes de cebar cada gancho, se enjuagaban las manos, pues la nicotina es un anzuelo que los peces no pican.

Los pescadores debían asistirse mutuamente en el agua. Aquellos cuyo oficio es el mar abierto y sus peligros forman una sociedad de gente solidaria, bien dispuesta para las necesidades ajenas. Y, en tierra firme, los huérfanos, las viudas de los hombres de la mar tenían a su alrededor una red que los ayudaba a vivir. Los viejos que ya no podían salir a pescar reparaban en la orilla las redes, las maderas, los motores, hablaban con los niños, pequeños aún para hacerse a la mar. En su piel no llevaban los bordados de los tatuajes, sino un mapa trazado por dientes de peces, por anzuelos enganchados en la carne, por aventuras en las que se daba más importancia a la buena suerte que al valor personal. Y, a partir de la silueta rampante de una nube al

fondo, en el horizonte, sabían predecir una borrasca o una buena pesca. Los viejos no eran un peso: tenían peso.

Pescar no era sólo el verbo en infinitivo de un oficio de mar, sino una sociedad de tierra. Al pescador se lo reconocía también en seco, entre los demás, por los gestos expeditivos y breves, calibrados en el exiguo espacio de la embarcación, los pasos cortos para guardar el equilibrio. Y, cuando se quedaba quieto, sus pies se separaban un poco. Los domingos vestía una camisa blanca que, planchada con un poco de almidón y de amor, relucía al sol y le daba un aire señorial que ningún petimetre podía igualar. Cualquiera que sepa llevar así una camisa blanca y un pantalón azul es uno de los muchos reyes de incógnito del mundo.

Ahora la mitad del pescado que comemos no proviene de la pesca, sino de una cosecha: es de cultivo, *recolectado* en piscifactorías. Otra parte más procede de mares extranjeros, importado. Así pues, los pescadores se retiran. Desmontan sus barcas, hechas con esa magnífica haya que ha bajado de las colinas para dejarse zarandear por las olas, una madera alquitranada, perfumada de sal, floreciente de algas bajo la línea de flotación, impulsada por los remos o el diésel hacia el amanecer. No es una profesión que disuelve su gremio para entrar en la arqueología del trabajo humano, sino una civilización que accede a sumergirse en el silencio porque el silencio ha sido la regla, bendita mucho antes que benedictina, para sobrevivir en alta mar. Puesto que los peces son mudos, ellos también. Esos hombres descalzos, con la camisa y los pantalones arremangados, con la espalda tostada por el sol, y la cara, por el reflejo de las olas, se evaporan sin una despedida pública. Desaparecen del paisaje costero sus barcas, encomendadas a todos los santos y santas, protegidas con una rama de olivo en la proa, heredadas, únicas propiedades que acaban plantadas en la playa para pudrirse con el agua de la lluvia, condenadamente amarga, sin dulzura alguna.

GIANCARLO SIANI

Nunca me ha gustado la profesión de periodista porque soy de esos que no saben hacer preguntas. Para mí, la curiosidad es siempre una indiscreción. Me equivoco, y lo sé. Mi padre se mostraba siempre muy interesado en la gente a la que conocía y la acribillaba a preguntas. Sus atenciones daban importancia al interrogado, lo hacían sentirse el centro de la conversación. No interrumpía las respuestas, al contrario: las espoleaba cuando eran breves.

De él aprendí que la curiosidad humana por los demás es la mejor forma de cortesía. Pero no sé ponerla en práctica. «Ocúpate de tus asuntos», lema que marca el carácter de mucha gente del sur, es el perfecto contrario del espíritu periodístico. El reportero es un metomentodo: tiene que ocuparse de los asuntos ajenos. Se entromete en la desgracia del otro o en el accidente y los refiere reduciéndolos al formato de una noticia. Da apariencia tipográfica a las innumerables colisiones entre los seres humanos, entre sí y contra el planeta, del que se han adueñado.

Tengo ocasión de colaborar con algunos periódicos, pero lo hago desde un punto de vista ornamental del periodismo. Doy por sabido el hecho y añado el adorno secundario de una perspectiva.

Conocí a Giancarlo Siani cuando era joven. Entre 1980 y 1981 yo estaba de nuevo en Nápoles, tras regresar de las fábricas del norte para trabajar de albañil en la construcción tras el terremoto. Mandaba algunos folios, sísmicos también, al diario *Lotta Continua*. Me veía con Giancarlo cerca de la oficina central de correos. Era un chico que deseaba dedicarse a un oficio imposible. Quería conocer los hechos desde dentro, quería intervenir como un cirujano. Yo no lo entendía. Para alguien que escribe relatos es natural comprender a los personajes de su narración. Pero ¿cómo podía Giancarlo aspirar a conocer a las personas concretas de sus crónicas a la manera de un autor cuyo único esfuerzo es la invención? Yo le decía que se limitara a las apariencias, que las descripciones debían bastarle: se trataba de los hechos del día, no de la página definitiva. Él insistía: si doy

nombres y apellidos, tengo que saber más de lo que saben sus madres.

Ninguna de esas noticias, investigadas a fondo personándose en el lugar de los hechos, sin ningún título ni protección, ni siquiera la de un aprendiz, valía un ápice del cuidado que ponía, de su buena voluntad. Pero ¿quién era yo para decidir qué valía y qué no? Por veinticinco mil liras diarias, sin contrato ni seguridad social, mezclaba arena, cemento y agua hasta que caía la tarde, hasta dar cabezadas de agotamiento en el vagón de vuelta. Nada sabía sobre qué valía la pena y qué no. Y, además, Giancarlo se estaba labrando un porvenir: tarde o temprano se convertiría oficialmente en titular de la profesión deseada. A mí me esperaba, en cambio, una sucesión de días, años, revolviendo el hormigón con la pala.

Las cosas no salieron así, no: no salieron en absoluto como se suponía que debían salir. A Giancarlo se la jugaron un par de asesinos que se las dieron de gánsteres contra un reportero desarmado y solo.

No sé si tomaba precauciones, si le resultaba familiar nuestra experiencia de la izquierda revolucionaria de los años setenta, siempre atentos a nuestras espaldas. A mí, como a muchos de mi generación política, me buscaron enemigos armados. Pude librarme porque no estaba solo. Giancarlo sí lo estaba: nadie lo acompañaba a su casa para guardarle las espaldas.

Tal vez ya hubiera conseguido evitar alguna emboscada y aquélla no fuera sino la última maldita encerrona.

Giancarlo no llegó a ser lo que debía y que tantas veces mereció que se le reconociera.

Giancarlo ha muerto y yo ya no soy albañil. Nada sucedió como habría debido suceder. Nunca entendí ese mejunje de valor, indagación sobre el terreno y denuncia, tan característicos de él y del espíritu periodístico.

Leyendo la prensa de hoy, anquilosada por la autocensura, ansiosa por no molestar a ningún dirigente, enarbolando la renuncia en lugar de la denuncia, sé que al menos no volverán a cortarle el camino a ningún otro Giancarlo, a ningún otro Peppino Impastato.[10] Pero soy incapaz de congratularme de nuestros tiempos, que no son más modernos que los de Giancarlo, al contrario: son más modestos.

MUJERES AL SUR

En el blanco de la página de un libro se me ocurrió escribir la siguiente dedicatoria a una amiga: «Bienvenida al siglo sin hombres». Siento que soy testigo y partícipe de una decadencia del género masculino, al que veo vacilar ante al femenino con una consternación que al final se convierte en furiosa arremetida contra las mujeres. Lo que acaba matando a muchas jóvenes es la rabia por el complejo de inferioridad que sienten algunos hombres rechazados.

La arrogancia viril era asfixiante en el sur de mi infancia. La relación de sometimiento, el gobierno masculino, sólo tenía un punto débil: frente a la madre napolitana, que tenía el proverbial don de poder ocuparse de cien hijos. Ese sur acunado y curtido en relaciones de fuerza y prepotencia que sancionaban la absolución de los crímenes de honor ha sido derrotado. La adquisición de una dignidad femenina se ha sufrido como una pérdida de prerrogativas, y no como una gran liberación de recursos. El rencor se apodera del hombre si éste se siente desairado. Considera violado su derecho al amor, ese poderoso contrato de alianza, maravilloso cuando se establece, lacerante cuando se ve rechazado. Se trata de amor, y el hombre ya no sabe cómo lidiar con eso.

En el libro sagrado del Génesis | *Bereshit*, en el momento de la expulsión del jardín, se condena a Eva a sentir una fuerte atracción por el hombre.

El hebreo antiguo escoge la impetuosa palabra *teshuka*, «riada». La mujer está providencialmente sujeta a esa fuerza, sin la cual el género humano no podría subsistir. Nuestra masculinidad se confronta hoy a una poderosa dignidad femenina combinada con una nueva capacidad de seducción física, inducida por una sociedad que obliga a la belleza de las formas. Pero, si la mujer, más fuerte y hermosa que antes, no accede, no obedece a la condena de la atracción y puede reaccionar con nuevos derechos, entonces el hombre vacila, se siente perdido, íntimamente burlado. Así son asesinadas las mujeres jóvenes.

La canción napolitana, escrita por hombres, abunda en corazones

maltratados por mujeres despiadadas. El hombre tenía entonces la fuerza viril de cantar, de aferrarse a las serenatas para incendiar las ventanas cerradas, forzar las contraventanas. Estaba a la altura de su castigo y de la mujer que, inexpugnable, se negaba a prestarle oídos. Junto al eterno cuchillo, el hombre tenía la guitarra, la música, la voz y, en la peor de las desesperaciones, la dignidad de irse, incluso de emigrar. Hoy leemos historias de furores que estallan dentro de la impotencia, de varones a los que un nuevo analfabetismo sentimental incita al odio, por el desaliento de ser, ante la mujer deseada, el apéndice de la nada.

NOVENTA Y NUEVE

Siempre me han apasionado las revoluciones. Los tristes acontecimientos de 1799 en Nápoles no encajan en esta categoría. Se trató, por el contrario, de un cambio de régimen que, introducido por las armas francesas, se derrumbó en cuanto esas armas se retiraron. Las revoluciones no pueden subcontratarse. En Nápoles los franceses ejercieron de ocupantes y saqueadores: impidieron la formación de un ejército republicano independiente, impusieron tributos en su beneficio y se llevaron una buena tajada del patrimonio artístico. Por eso dedico unas palabras de estima al pueblo napolitano, no plebe sino pueblo, que solo y desarmado detuvo la entrada del ejército más fuerte de Europa. Durante dos días bloqueó todas las calles y únicamente capituló al sentirse traicionado cuando los jacobinos locales, sirviéndose de engaños, entregaron el fuerte de Sant'Elmo a los franceses.

Yo creo que al pueblo no le faltaba razón para ponerse del lado de sus reyes, pues con ellos eran ciudadanos de una capital europea, mientras que con los franceses se convertían en una provincia de ultramar. Nápoles se ha adaptado mal a cada descenso de rango. No tengo miedo de colocar también a los italianos al final de la lista de los ocupantes del golfo, ya que eso fueron los Saboya, a quienes trajeron los Camisas Rojas. Garibaldi no vino a liberar Nápoles, sino a tomarla, y se apresuró a hacer toda una declaración de intenciones nombrando prefecto al tristemente famoso Liborio Romano, jefe de la policía borbónica.

En Nápoles faltó un rey que entendiera que, en la Europa de las naciones, Italia era un destino inevitable. Faltó un rey que estipulara con los modestos Saboya, señores de una provincia subalpina, un contrato con Italia por lo menos en pie de igualdad, no uno entre ocupantes y ocupados. Desde entonces Nápoles ha sido una capital europea abolida, no degradada sino suprimida, igual que si Edimburgo suplantara a Londres. Eso fue lo que sucedió y ésa es la causa de su razonable arrogancia en lo relativo a su condición de capital regional. Si no vemos la evidencia del enorme orgullo latente en sus ciudadanos, no estaremos hablando de ella.

MARADONA

El fútbol es un juego de suburbios; se aprende en los escabrosos terrenos de las últimas casas, entre los escombros de los edificios en construcción. Uno aprende descalzo a encajar los golpes sin sentirlos, protegido por el capricho de gobernar el lanzamiento del balón con un pie. Las zapatillas, los árbitros y las superficies de hierba llegan tarde, después de la más gozosa selección natural. El fútbol es un juego que nunca cansa: uno sube a casa por la noche con las ganas intactas de volver a empezar de inmediato. En verano era una alegría cuando, después de la cena, a uno le daban permiso para bajar otra vez al patio y darse una última carrera. El fútbol es un juego que se aprende aun a solas frente a una pared haciendo voleas sin parar. Sólo en el fútbol los suburbios son una mina, una cantera de talentos legendarios.

Para cualquier otra profesión hacen falta las *bocconi* y las *harvard*; se necesitan las acreditaciones que proporcionan la pertenencia a una clase y la riqueza. En cambio, el fútbol hace brotar la gloria en las chabolas de los mortificados, junto a los vertederos de Buenos Aires, en las ardientes playas de Brasil. El astro más fulgurante, el más bravucón y el mayor prestidigitador del fútbol de todos los tiempos viene de las míseras Américas del Sur, súbditas del Norte, viene de las tiranías fratricidas. Maradona, Diego Armando, argentino como el tango, vino para que al viejo continente se le desorbitaran los ojos y se le desollaran las manos de tanto aplaudir. Su pie izquierdo fue el más sofisticado instrumento de precisión de la geometría y de los malabares del fútbol.

¿Vino para ganar? Sí, para eso también, pero no cuanto habría podido. No hay grandeza sin desperdicio. Grandeza y también despreocupación por los resultados, por las conclusiones extraídas. Prestar más atención, en cambio, al momento feliz del regate, al esprint, al pase que deja con la boca abierta. No era sólo talento: Maradona fue un deportista adelantado a su tiempo, con ese entrenamiento doble que ponía un resorte en sus cortas piernas, que parecían más un molinillo que las de alguien que echa una carrera

para devorar el espacio. Nápoles lo tuvo en los años ochenta, en un momento en que cambiaba sus rasgos, se apartaba del sur para aferrarse a un retazo del norte. Nápoles tuvo a Maradona no como rey, sino como anillo en el dedo, un anillo nupcial. Los reyes son propios de las ciudades monárquicas, Roma, Turín.

Nápoles, ciudad anarquista, recibió a Maradona como un regalo de América del Sur, cual contrapartida de los millones de emigrantes que zarparon desde el muelle de Beverello hacia el Río de la Plata. Nápoles obtuvo los quilates preciosos de sus pies a modo de reembolso. Maradona se le parecía. Igual que él, con el tiempo la ciudad se dejó llevar, ya saciada del triunfo, que debe ser breve, o de lo contrario oprime.

El triunfo breve subsiste perfecto en la memoria; no las docenas de títulos de liga, sino el par. Hoy Maradona vuelve a estar flacucho. Se ha desengrasado de las intoxicaciones de la mediana edad. Hoy es un hombre de la nueva América del Sur, avanzadilla de democracias frescas, liberadas de las dictaduras sometidas al dólar. En su talla recuperada está la redención y la imagen de un continente resucitado.

PASTA

Un hombre se está preparando la cena en la cocina. Está solo, todas las noches saca un cuchillo, un tenedor, un plato, gestos mecánicos. Cuando toma el vaso se da cuenta de que no hay nadie más. El vaso acusa: no se levantará hacia nadie.

El hombre vive en poco espacio, tiene lo que necesita, el resto lo podrá dejar atrás. Está entrado en años y no recuerda cuándo estuvo con alguien por última vez.

Ha vuelto a sus metros cuadrados, que le parecen redondos y profundos cuando bebe. El vino corrige la geometría.

El hombre no enciende las voces eléctricas, la radio y otras ondas: se queda con sus ruidos. Fuera, el día se ha apagado; la luz de una lámpara hace brillar el cuchillo con el que pica el ajo. Mientras tanto, ha colocado una cacerola en el hornillo grande. Ha puesto poca agua; no es verdad que la pasta haya de cocerse con mucha. Ha añadido una pizca de sal. Corta un tomate, un poco de apio; echa aceite, perejil, el rojo seco de una guindilla, y lo deja todo crudo.

Al entrar en casa, se ha quitado los zapatos, se ha quedado descalzo, una costumbre de cuando era crío por la que aún siente apego. El piso no está recién barrido; se lavará los pies antes de meterse en la cama.

Se acerca a la ventana, mira hacia afuera. La lluvia lo protege de la melancolía. Las gotas en el cristal brillan como bolitas de Navidad. Es Navidad. Recuerda ahora que en el reflejo se ha encontrado con su rostro opaco, rodeado de un confeti de gotas luminosas.

El agua está hirviendo; deja caer en ella un puñado de espaguetis que se esparcen por el borde formando una corona. Tiene una marca favorita, una pasta de Nápoles, Garofalo, un recuerdo de su infancia, cuando, con las liras contadas y recontadas, lo mandaban a comprarla a una callejuela cercana. Había desaparecido, luego volvieron a ponerla en el mercado. Es bonito cuando vuelven los paquetes de la niñez.

El hombre se sirve el vino, bebe un pequeño sorbo y lo saborea. Ese primer paladeo le abre los ojos, en reposo tras sus párpados cerrados. Ahora ve los colores de ese crudo caldo y del mantel, que es

azul; traga el sorbo, que se le mete en el pecho más que en el estómago. Tose; esta noche el primer trago también ha terminado clavándosele en el corazón. Qué más da, es la melancolía; no opone resistencia a la mano que por sí sola sube a los ojos, deja que se los frote. Los tiene ardiendo y tiene que calmar de inmediato los párpados, que se ha tocado con los dedos llenos de guindilla. Todas las noches se irrita los párpados, los obliga a derramar dos lágrimas especiadas.

Se acerca al hornillo, prueba la pasta. «Un poco más», dice. Lo ha dicho de verdad, en voz baja. ¿A quién? Se le ha escapado, un impulso que le sale para escuchar una palabra a su alrededor. «Un poco más»: la frase queda suspendida en la habitación. Le molesta esa estúpida pretensión de una frase que se eterniza fingiendo contener algo más: un poco más. Pero ¿de qué? Basta ya. No lo dice: lo hace, apaga el fuego, levanta la cacerola, escurre los espaguetis y los mezcla en el cuenco con los condimentos. Se sienta, enrolla la pasta en el tenedor y mastica el bocado. Está un poco dura, *al dente*, pero es lo mejor del día, la hora en la que salda las deudas con su cuerpo.

Mastica despacio, traga, su cara mueve sus músculos de madera, las arrugas se estiran, su lengua gira entre las encías para barrer los restos por tragar. Esa pasta escurrida encima de la guindilla cruda es su paz. Levanta el vaso, lo vacía y ya no le importa que ese vaso esté solo.

Lo rellena, toca el pan colocando encima la palma, como se hace con la mano de una esposa. Mastica la pasta, respira por la nariz, sus pies están cruzados y quietos debajo de la mesa.

No es el vino, sino la pasta lo que ahuyenta las carencias de esa hora del día en la que el hombre se basta a sí mismo. No se sacia del todo, pues siempre deben quedar ganas de comer un poco más de pasta cuando el plato está vacío. En la mesa de su infancia no había ese *un poco más*. Al terminar la pasta, se daban las gracias por el alimento. Recuerda las últimas palabras: «Que hemos comido de Él». *Él* era el vivandero universal. ¿Por qué no nos daba un poco más? Los invitados no hacen esas preguntas: no es de buena educación.

Recorre el fondo del cuenco con la corteza de pan y se termina el vino. Se levanta, es Navidad, descuelga la guitarra del clavo y canta. Ahora sí, la voz no tiene por qué disculparse por salir solitaria, por no dirigirse a nadie. Con el aliento ardiente por el ajo, el canto se extiende por la habitación, suaviza las esquinas y los bordes, redondea el final de la jornada de un hombre.

NOTAS

1 *Pacienza* es la variante dialectal de *pazienza. Patire* significa «padecer». *Darsi pace* (literalmente «darse paz»), que suele traducirse por «resignarse», podría verterse libremente como «aceptar en paz». [Todas las notas son del traductor.]

2 Recopilación de las obras del gran dramaturgo y actor napolitano Eduardo De Filippo (1900-1984), a quien se le dedica otro texto más adelante.

3 La *smorfia* napolitana es un complejo sistema que asocia objetos, personas y situaciones vistos en sueños con números que luego se juegan a la lotería primitiva.

4 «Adiós, mi hermosa Nápoles.»

5 «Éste es el Nápoles sincero que también se perderá.»

6 El himno nacional italiano, «Fratelli d'Italia» (Hermanos de Italia), se conoce también así, por el apellido del autor de la letra, Goffredo Mameli.

7 Se alude aquí a un célebre gag del grupo cómico napolitano de los años setenta La smorfia, formado por Enzo Decaro, Lello Arena y Massimo Troisi, quien posteriormente emprendería una carrera cinematográfica de gran éxito antes de su temprana muerte. En ese gag, Troisi y Arena le piden a san Jenaro que les toque la lotería, antes de que el párroco (Decaro) los expulse.

8 Los tres grandes cantantes a los que se alude son los tenores Francesco Tamagno (1850-1905) y Enrico Caruso (1873-1921), los más célebres del mundo en su época, y Roberto Murolo (1912-2003), uno de los mayores exponentes de la canción napolitana.

9 Empresa siderúrgica italiana que, entre principios del siglo XX y finales de los ochenta, fue una de las mayores de Europa.

10 Giancarlo Siani (1959-1985) fue un periodista napolitano asesinado por la Camorra. Peppino Impastato (1948-1978) fue un activista antimafia siciliano asesinado por uno de los capos a los que denunciaba.